

ANTAMI

Revista Ecoliteraria

Año 1, Número 1, Noviembre 2021



BÚHO
ELÉCTRICO



Elaborado por:
Búho Eléctrico Editores S.A.C.

Coordinador Editorial:
Rodrigo Revilla Calle

Contacto:
Facebook: buhoelectrico.pe
Instagram: @buhoelectrico.pe
Twitter: @buhoelectricope

Ilustración de portada:
Delgado, Sebastián (1997).
© Sebastián Delgado, 2021.
Instagram: @black.darts

Aviso legal:
Los derechos de propiedad intelectual de los contenidos publicados en la presente revista pertenecen estrictamente a sus autores, así como la responsabilidad sobre la legitimidad e interpretación de los mismos. El contenido de esta revista sólo puede ser publicado con el permiso de la editorial, en coordinación con los autores. Si desea publicar parte de nuestro contenido, por favor escribanos a:
editorialbuhoelectrico@gmail.com

Distribución digital:
Búho Eléctrico Editores S.A.C.

© 2021 Búho Eléctrico

ANTAMI
Revista Ecoliteraria
Año 1, nro. 1 (nov. 2021)

PRESENTACIÓN

FICCIÓN

Eyameji
Katherine Zapana

Yaku hamunqaña (El agua vendrá)
Luzía Ventura

Caído
Alicia Soto

El secreto de las bestias
Enrique Isarra

2024
Marita Calderón

Giro inesperado
Alisson Aguilar

Recuerdos a orillas de Killay
Claudia Alama

MICROFICCIÓN

El dinero es un pésimo maestro, pero somos buenos siervos
Carla Rojas

Terranova
Sebastián Castro

NO FICCIÓN

¿Puedo llevarme esta rana? Y otras preguntas tontas que hice en la selva
María Fernanda Méndez

Las abejas y yo
Isabel Hoyos

El problema de ser el problema
Fabián Calla

¿Es urgente viajar a Marte?
Judith Rojas

RESEÑAS

Distancia de rescate de Samanta Schweblin

PRESENTACIÓN

Desde hace unos años, como lector, ando en la búsqueda de obras de ecoficción, ficción climática o ensayos enfocados en temas ecológicos que puedan convertirse en herramientas útiles para hablar y pensar sobre la crisis ecológica y la emergencia climática de manera diferente. Sin embargo, me encontré con una triste realidad: gran parte de la producción literaria de este tipo proviene de los países del llamado “Norte Global”, en inglés y que plantean propuestas que no necesariamente se ajustan a un contexto como el peruano.

Y con esto no quiero decir de que no existiesen obras. De hecho, pude encontrar algunas novelas cortas, cuentos y otros textos enfocados en temas cotidianos como el reciclaje, e incluso más complejos, como la conservación de la Amazonía. Entonces, me pregunté: ¿Por qué existe esa escasez de literatura ecológica en Latinoamérica? ¿Acaso no hay una plataforma que la promueva de manera prioritaria?

Por eso, hace casi un año, fundamos la editorial Búho Eléctrico, con el objetivo de promover la creación literaria íntegramente enfocada en temas ecológicos desde una perspectiva peruana y del “Sur Global”, que considere la gran biodiversidad que tenemos, sin olvidar los complejos desafíos sociales, económicos e institucionales que enfrentamos día a día, con una mirada interseccional y sin olvidar el gran legado cultural de nuestras comunidades originarias amazónicas y andinas, cuyas historias sirven de inspiración para repensar nuestra relación con la Naturaleza.

Desde la editorial, proponemos que cada autor sea libre para analizar, criticar e interpelar la realidad, así como para plantear soluciones desde lo que el conocimiento (en todas sus formas) nos orienta a hacer. Buscamos que su imaginación nos lleve a cuestionar el futuro que nos espera o nos invite a soñar sobre el futuro que deseamos. Sobre todo, que nos motive a hacer algo.

Las obras que conforman la primera edición de la revista “Antami” (“Bosque” en lengua asháninka) tienen ese espíritu y esperamos que -ustedes, lectores- se sientan identificados con alguna de éstas y que, al terminar de leerlas, tengan la necesidad que tuvimos nosotros de aprender y (de)construir nuestras acciones e ideas.

Escribo esta presentación con mucha emoción, porque esta revista, nuestra primera publicación oficial, es el inicio de un camino que crea comunidad, amplifica las voces que necesitamos oír y, sobre todo, da voz a quienes, pese a no poder hablar, tienen algo que decirnos.

Hernán Tello
Lima, noviembre de 2021.



Eyameji

Katherine Zapana

Apenas habían aparecido los primeros rayos de sol cuando el padre de Eyameji se acercó de forma cautelosa para decirle mediante un dulce susurro: “Hija, alístate, quiero que me acompañes al centro de control”.

Ese día se llevaba a cabo la reunión con las autoridades del parque, espacio ubicado a todo lo largo del río Tambopata. Antes de ser declarado un parque nacional, era territorio exclusivo del pueblo Ese Eja, por lo que su padre y abuelo lo conocían a la perfección.

—

De forma casi instantánea, Eyameji se alistó al mismo tiempo que se aseguraba de no despertar a sus hermanos. Apenas había podido conciliar el sueño, no dejaba de pensar en esa reunión. Se imaginaba los rostros de las personas que acudirían, algunos más toscos que otros debido a que, en reiteradas veces en el pueblo, las personas comentaban que las comisiones que provenían de la capital eran groseras y poco pacientes con ellos. Por tal motivo, consideraban como únicos aliados a los guardaparques. De hecho, muchos niños y niñas de la comunidad soñaban con ejercer su noble función algún día: los veían como héroes porque cuidaban a los animales, a los árboles y todo lo que se podía encontrar allí.

Todo se trataba de un concilio entre los administradores del parque nacional y los dirigentes de la comunidad que se ubicaban en las zonas aledañas, conocidas por los guardaparques como “zonas de amortiguamiento”.

Dicho acuerdo consistía en realizar actividades de mantenimiento y vigilancia al bosque de palmeras de aguaje, conocido como aguajal, que se encontraba dentro del territorio ancestral. Además, les proponían extender las palmeras y los árboles que fuesen para su consumo directo, siempre y cuando no afectaran la frondosidad ni el bienestar del bosque. Esto era a

cambio de traer un profesor a la comunidad para garantizar la educación de sus hijos, así como un pago a cada miembro que colaborara con dicho trabajo.

—

Al llegar al salón donde se realizaría la reunión, Eyameji sintió temor. No sólo por ser la única mujer, sino también por ser la menor de todos los asistentes. Sus papás se esforzaban para que asistiera a la escuela y un día fuese profesional y pudiese tener una perspectiva más amplia del mundo. Por otro lado, se aseguraban que siempre tuviera presente sus raíces. Ejemplo de ello era su nombre: Eyameji, cuyo significado era “Noche estrellada”.

Esperaron unos minutos antes de empezar. Luego de los saludos correspondientes a los invitados, las personas de uniforme marrón, que eran los guardaparques, empezaron a exponer el proyecto del cual su padre ya le había comentado. Todo le sonaba confuso, usaban términos que no lograba comprender. Sólo había entendido lo que su padre ya le había explicado: querían que ayudaran a cuidar las palmeras (lo cual ya hacían), aunque esto era para garantizar ingresos y cuidar el parque por medio de algo que denominaban “bonos de carbono”.

—

“Bonos de carbono, bonos de carbono, bonos de ...”, Eyameji no lograba entender qué tenían que ver las palmeras que su abuelo le había enseñado a cuidar con lo que ellos llamaban bonos de carbono. Su abuelo era conocido como “Emeje”, que significa “flecha”, ya que desde muy joven fue el mejor cazador de su comunidad y parecía que la flecha y él habían sido casi uno. Emeje le había enseñado mucho sobre el bosque de palmeras a Eyameji, le relataba la manera en la que se comunicaban con él y todo lo que le enseñaban. Le había hablado también sobre la mayoría de los espíritus que estaban tras cada especie de palmera, que todas cumplían con un propósito en el bosque y eso era lo que ella también debía buscar para su vida.

En ese lapso de tiempo, mientras Eyameji recordaba a su abuelo, un joven se le acercó y le entregó un folleto en el que se explicaba qué eran y cómo se veían los dichos bonos de carbono. Allí se mencionaban que eran como una especie de “intercambio” mediante el que muchas empresas, organizaciones y países buscaban reducir sus impactos en el ambiente al ayudar a las personas que cuidaban de los bosques, pues los veían como un modo de atrapar gases de efecto invernadero que estaban en el aire y que hacían que el planeta se calentara.

Cuando terminó de leer, se acercó al joven que le entregó el folleto y le preguntó cómo era que él sabía tanto sobre los bosques y cómo fue que llegó a vivir en el parque. Él sonrió y le explicó que desde pequeño sentía mucho amor por la selva ya que sus bisabuelos pertenecían a una comunidad Awajún en Amazonas y que, por ello, sus abuelos y padres le enseñaban a quererla.

—

Al finalizar el encuentro, todos se despidieron y coordinaron en tener una próxima sesión. Eyameji y su padre regresaron a casa. En el camino, conversaron sobre la interesante forma en la que todos en el mundo se interesaban progresivamente por los bosques de palmeras y el cuidado a la Madre Selva. Estaba muy emocionada. Quería ir a la escuela y visitar más seguido a su abuelo para que cuando fuese mayor, supiera tanto como el joven que le entregó el folleto para cuidar del bosque y su familia.

Yaku hamunqaña (El agua vendrá)

Luzía Ventura

En las comunidades que ocupan los territorios de los Andes peruanos, allá donde el cielo es clarito y el aire invade los pulmones con un ligero frescor, es donde la vida cotidiana se armoniza con la salida y puesta del sol. El movimiento de las estrellas y la cobija de Mama Killa, en cada estación y en cada año, renuevan las energías de la tierra y el agua.

Aquí vive don Teodosio García, un hombre de mirada tierna, expresión calmada y brazos fuertes con los que trabaja la tierra. Fue elegido por su comunidad para representarlos en la junta que tendrán con el alcalde del distrito y ver los asuntos de los que nadie quiere hacerse cargo: la sequía que afecta la agricultura y reduce los pastos para las alpacas. Es la tercera vez que las comunidades se organizan para realizar el plantón.

–¡Agua! ¡Agua! –es lo que reclaman a viva voz–. ¡Agua para nuestros sembríos! ¡Agua para nuestro ganado!

Mientras se genera el alboroto en la plaza, una secretaria presurosa camina hacia la oficina de la alcaldía.

–Señor alcalde– dice la secretaria–, los de la junta del agua ya llegaron, solicitan que los atienda.

–¡Ay! Ya vinieron otra vez –contesta abrumado el alcalde. Se levanta de la mesa de trabajo que comparte con los ingenieros y arquitectos que pudo contactar con el apoyo de la cooperación internacional–. ¿No se dan cuenta que estamos trabajando? Con estos nuevos proyectos de infraestructura van a estar más que felices, no hay otra manera de progresar. Ya me han dicho en la ciudad: “Construye, haz obras y todos estarán felices”. Infraestructura, eso es lo que necesitamos. Modernicemos esta tierra para estar a la altura de las grandes ciudades.

–¿Los hago pasar al salón de la alcaldía? –pregunta confundida la secretaria ante la respuesta del alcalde.

–Pues qué nos queda. Que pasen y solucionemos esto de una buena vez –responde el alcalde, ofuscado.

En el salón, la junta aguarda al alcalde que no ha querido desairar a tan ilustres profesionales. Ellos aseguran que, para

dar el gran salto en este clima de cambios, deben estar preparados.

–Queridos amigos, bienvenidos a la municipalidad –saluda el alcalde con una sonrisa–. Hace un momento terminó una reunión importante con gente de la capital, han venido para concretar más obras. Vamos a tener una gran losa deportiva. Será un gran estadio para que podamos ver los partidos, así no tendremos nada que envidiar a las grandes ciudades. Además, nuestro equipo de fútbol tendrá donde entrenar y podríamos llegar a las ligas mayores.

–Permítame, señor alcalde –interrumpe don Teodosio–, me parece bien que usted quiera modernizar nuestra localidad, hacerla importante. Sin embargo, ¿de qué vamos a vivir si no tenemos agua con qué regar nuestros cultivos? Los pastos se están secando y en mi comunidad, día a día, vemos a nuestras alpacas morir de hambre, de sed. ¡¿Con qué fuerzas, señor alcalde, vamos a ver los partidos de fútbol o por lo menos nuestros niños podrán entrenar?!

–Es cierto –comenta doña Silvia Rojas, mujer de sesenta años que vive en la ladera del Apu tutelar de la localidad–. Hace meses que usted asumió el cargo y hasta ahora no ha movido ni un solo dedo. Pero en las elecciones, uy, ¡ahí sí que ha dicho un montón de cosas y ni qué decir de sus visitas! Por donde sea que uno camina, aún es posible encontrar restos de su campaña electoral: afiches, fachadas de viviendas pintadas...

–Mire, doña Silvia –responde el alcalde–, les dije que movería cielo, mar y tierra para que nuestra localidad se modernizara. Llegó la tecnología para que tengamos una mejor calidad de vida y ahora me dicen que no hay agua. ¿Acaso yo controlo el agua que cae?

–No, señor alcalde, no se trata de eso –responde doña Silvia–. Hemos venido ya varias veces como representantes de las comunidades y usted no nos ha recibido. Solo su secretaria sale para decirnos que usted no se encuentra o que está atiborrado con tantas reuniones. ¿Hay algo más importante que escuchar a su pueblo?

Un silencio invade el salón. Doña Silvia ha hecho un comentario tan certero que simplemente deja sin palabras al alcalde, quien en reiteradas ocasiones se había negado de modo tajante a recibir a los representantes de las comunidades aledañas

al aducir que no estaba dispuesto a solucionar problemas individuales.

Es entonces que la secretaria golpea la puerta y anuncia que ha llegado don Celestino Nuñez, el Varayuq de la comunidad, acompañado de la Mama Alcaldesa, doña Eulalia Rojas, y de don Severino Quintanilla, el Yachachiq.

–Allin Hamusqa –se apresura a decir don Teodosio, que está sentado en la silla más próxima a la puerta y, tomando unas sillas que estaban apiladas en un rincón del salón de la alcaldía, las acomoda y agranda el círculo en el que se encuentran sentados.

–Qué grata visita, Hatun alcalde, no sabía que hoy nos acompañaría. Por favor tome asiento.

La comitiva se sienta en las sillas que muy gentilmente coloca don Teodosio. El Hatun alcalde queda justo frente a frente con el alcalde.

–Bueno, bueno –dice el alcalde, casi en murmullos–. ¿En qué íbamos?

Doña Silvia, con una rapidez increíble y con la confianza de tener en la reunión a las autoridades de la comunidad, se apresura a recordarle:

–En que usted por fin hizo un alto a todas sus actividades y nos ha recibido en el salón de la municipalidad.

–Faltaba más, doña Silvia –responde el alcalde, esbozando una sonrisa–. Es deber de un servidor público trabajar por y para su pueblo por quién fue electo. Debo mencionar, además, que mi único afán es el de mejorar la calidad de vida de nuestros hermanos, generar más empleos, traer tecnología, construir.

–Eso bien lo sabemos –interrumpe don Teodosio.

–Y de sobra –acota doña Silvia.

–Lo que nos reúne hoy –retoma don Teodosio–, es el gran problema que tenemos en la zona alta: no hay agua y todos los días vemos cómo nuestras alpacas se mueren y el pajonal se seca.

–Y por las laderas, los riachuelos se van secando también, no encontramos ojos de agua, es difícil garantizar el sembrío con estas condiciones. Ni lluvia tenemos –termina doña Silvia.

–Otra vez con lo mismo, yo no controlo el agua –responde disgustado el alcalde–. ¿Acaso yo controlo el agua que cae?

Dígame, ¿qué puedo hacer ?

Luego de un momento de silencio, don Celestino, el Varayuq, responde:

–Es cierto, estamos viviendo tiempos raros que debemos comprender. Cuando debe llover, no llueve y en plena maduración de frutos viene el granizo o la helada.

–Nosotros no controlamos a la Naturaleza ni a la lluvia, ellos forman parte de nosotros mismos, viven con nosotros –responde don Severino–. Pero vemos las estrellas, cómo nacen las flores y estamos atentos a los aullidos de los zorros. Son nuestras señas, se avecinan tiempos prolongados de sequías como el que vivimos ahora, cambios bruscos en el tiempo. Necesitamos estar preparados. Algunos le llaman “adaptación”, nosotros le decimos regresar a la armonía con la Naturaleza.

–Y dígame, don Severino, ¿qué podemos hacer? –pregunta el alcalde.

–¿No ha escuchado ya a don Severino? –dice doña Eulalia, la Mama alcaldesa–. Debemos volver a la armonía entre nosotros, los runas, la Sallqa y las deidades, todos somos uno, compartimos el ayllu.

–Eso necesitamos, Mama Eulalia –dice con entusiasmo don Teodosio–. Por eso hemos venido a conversar, queremos sembrar agua, sembrarla en la zona alta y cosechar en las laderas.

–¿Sembrar? ¿Agua? ¿Dónde venden las semillas de agua? Es más, ¿qué abono necesitas? –replica incrédulo y con tono burión el alcalde.

–El agua se siembra y se cosecha, señor alcalde, son saberes de nuestra comunidad, así podremos enfrentar la sequía que se aproxima –responde don Severino.

–Es cierto, en las partes altas hay formaciones. Preparemos las cochas para que cuando llueva empecemos a sembrar – dice con resolución doña Silvia–. Al cabo de un tiempo, empezaremos a ver ojos de agua en las laderas y los riachuelos se van a incrementar. Por eso queremos que la municipalidad nos apoye en la construcción de estas cochas. No queremos cemento, necesitamos apoyo con picos y palas para hacer las cochas. La comunidad está dispuesta a trabajar en esto.

–¿Picos y palas? – pregunta el alcalde.

–Solo hemos venido a solicitar eso, alcalde. Que nos pueda apoyar con instrumentos y, de ser posible, con maquinaria

para terminar pronto las cochas –responde don Teodosio.

“Eso me conviene, solo piden maquinaria y me dejarán tranquilo”, piensa el alcalde y rápidamente resuelve:

–Don Celestino, usted como Hatun alcalde, ¿aprueba la construcción de estas cochas?

–En estos tiempos, Taytay, ya no estamos para llegar a consensos. Es lo que se debe hacer, debemos adaptarnos, y pronto, a estos cambios. El clima ya no es el mismo y con eso nosotros tampoco. Es tiempo de armonizarnos y volver a entendernos –responde el Hatun alcalde.

–Pues bien –dice el alcalde, con ganas de cerrar el asunto–, al no haber impedimento, veremos si con eso se soluciona este temita del agua. Supongo que lloverá, ¿no?

–No se preocupe, alcalde. Lloverá –responde confiado el Yachachiq.

–

Luego de seis meses de trabajo en la comunidad, se logran hacer seis cochas. Estas se llenan de agua con el paso del tiempo y regeneran los bofedales del lugar y permiten que crezcan el césped y el pajonal de puna.

En la comunidad de doña Silvia, luego del primer año, encuentran el primer ojo de agua y ahí mismo plantan la Putacca para que “llame” al agua. Al cabo del segundo año, el caudal de los riachuelos aumenta y con respeto, pero sobre todo con mucho cariño, los comuneros se adaptan a los cambios que empiezan a vivir.

La siembra y cosecha de agua es una práctica ancestral que se mantiene viva gracias a los comuneros de las zonas altas de los Andes. Las cochas que se hacen en estas zonas contribuyen al aumento del agua subterránea que alimenta los reservorios para que las ciudades puedan aprovechar también este recurso.

Caído

Alicia Soto

Lo último que guardo en mis recuerdos es a ella corriendo hacia mí al encontrarme tumbado y terriblemente herido mientras me pierdo entre los efímeros vestigios de una larga aventura de vida. Ahí, en medio del caótico cantar de los loros, regreso al momento exacto en el que la conocí.

—

Ya son diez años desde que ella llegó hasta este recóndito lugar ubicado en lo que llaman cuenca, en el lugar de la Madre de quienes estos seres consideran que los plantó en la Tierra. Eso es algo que poco entendemos los que estamos simplemente por casualidad sobre la superficie rugosa y húmeda de la que nos alimentamos. No tenemos madre ni Dios, solo somos tanto de nosotros como parte de la Tierra.

Ella, como todos esos seres, se mueve sobre las longitudes que se extienden desde su tronco. Esa tarde de neblina la veo llegar a zancadas, abriéndose paso entre las palmas que le saludan distraídamente, golpeando sus hombros y dejando caer algunas gotas de la reciente llovizna para refrescar su corteza tan lisa a la cual le dicen piel.

Llega con unos cuantos más que se le parecen. En ese momento, no puedo percibir ninguno de esos colores que te cuentan de sus eras y pretensiones, pero siento la forma extraña de actuar de estos seres que tienen apenas cuatro ramas que se mueven sin la intención del viento.

Temo que fuesen a clavar sus garras sobre nuestras cortezas, pero simplemente ella pone sus ramas lisas sobre mi tronco sin apretar ni dañar la corteza, sin arrebatarme ni una astilla. ¿Qué pretende lograr con ello? Yo tardo un poco más en comprenderlo, porque a diferencia de nosotros que vamos hacia lo alto para alcanzar la luz, estos seres, tal y como las hormigas, se mueven para hacerse dueños de todo lo que pueden, sin importar la dirección que tomen.

En otro día, ella hace un sonido similar al del águila arpía que tiene su nido en mi copa, pero no solo para que le escuchen los demás de los suyos. Lo hace para mí. Entonces, en el suave golpe de su canto, me cuenta que jamás me haría daño, ni a mí ni a ninguno de los nuestros. Dice que está ahí para defendernos. ¿Defender? Eso quiere decir estar para luchar por ti y cuidar que no te dañen. Aunque, ¿de qué va a defenderme? O mejor dicho... ¿de quiénes?

—

Antes de continuar, debo hablarte un poco sobre mí. Presta atención al viento. Llena de aire tu interior y al dejarlo salir... piensa en dónde irá a parar. Podría decirse que estoy aquí desde antes de que esas criaturas llegaran a hacer sus nidos, a destruir todo lo que crece sobre la superficie que apenas aprendieron a pisar. He observado todo desde lo alto, sus viajes y batallas. Mientras otros seres van de un lado a otro para ganar un año más en la vida, yo me quedo para que los demás tengan un lugar al que llegar.

Lo mejor que sé hacer es únicamente existir. Mis paredes atrapan el veneno que daña los pulmones de los seres que necesitan del aire gracias a lo dura que es mi corteza. Es por eso que entre ellos han acordado que todos los que son como nosotros debemos seguir viviendo. Es irónico que esas pequeñas criaturas tengan que decidir por la vida de otro, aunque eso es lo que canturrean entre ellos. Lamentablemente, lo que nunca pueden hacer bien estos diminutos seres que trepan mi tronco con enredaderas y usan sus únicas dos ramas altas para construir máquinas y casas, es acordar y, mucho menos, cumplir con lo acordado.

Es así que siempre veo llegar del mismo río a otras criaturas que se desplazan de sus altas montañas para ocupar un lugar dentro de nuestro territorio. Vienen por el río para penetrar nuestras cortezas con las afiladas garras de sus máquinas que rugen mientras extirpan un pedazo de nosotros para llevárselo lejos. No sabemos qué van a hacer con nuestros cuerpos inherentes, las aves dicen que van a usarlos para sus nidos o sus pisos planos. Parece que estas criaturas se asustan al tocar hojas muertas y hongos, pero viven tranquilos pisoteando

nuestros cadáveres. Les aterra ver a los suyos morir, aunque usan nuestros restos para prenderles fuego y poner sus presas a arder. En ochocientos años jamás había visto a una criatura igual, con tantas contradicciones y de tantos colores que le alumbran alrededor. Pero entre todos los seres que recorren los bosques, fue ella quien llegó con nosotros y se quedó.

—

Una de las primeras cosas que nos enseñó de su especie fueron los vínculos. Poco a poco entendimos que algunos de los seres sin raíces, que les recuerdan que pertenecen a la Tierra, están constantemente preguntándose por su origen y su propósito. La forma que estos tienen para sentir que no están solos, que no cuentan con nadie o que están aquí para algo más que ser comida o descomponerse, es al crear vínculos, tender raíces y enredaderas invisibles que los sujeten fuerte a algo o alguien más.

Año tras año, la veo luchar contra los que se parecen a ella, pero alumbran con otros colores y buscan constantemente sacarla de este lugar, del territorio al que le ha puesto un nombre, porque entre varias de las buenas cosas que hacen, eso de poner nombres les va muy bien. A aquellos que son como yo, altos y lo suficientemente gruesos para obstruir el paso de una máquina, nos llaman Shihuahuaco.

Tenemos el interior rojizo y la corteza casi impenetrable, apenas cubierta por ramajes y enredaderas. No hay muchos que se parezcan a nosotros, al menos no tan cerca, aunque en un momento abundaron otros, a los que han llamado Caoba y Cedro.

Ella vino a defendernos frente a una amenaza que aún no entiendo. Al principio, no veíamos que algo se pudiera lograr con tan simple plan. Precisamente porque los conocemos desde hace miles de años y sabemos que cada día quieren más de lo que la Tierra, que ni reconocen como suya, puede darles. Fuimos poco creyentes, pero después de un tiempo, las cosas mejoraron. Ella, junto con otros, comenzaron a estudiarnos y a ponernos más nombres, todo para que nuestras raíces lleguen a tocar dentro de sus cortezas, enredándose en el fruto que a estos les riega internamente su corazón.

Desde ese momento, algo cambia para nosotros. Ya no soy más ser de la Tierra, sino que somos algo y alguien para pequeñas criaturas que necesitan que existamos y nos mantengamos fuertes. A pesar de los malos ratos ocasionados por otros de su especie, siempre le escucho dirigirse a los demás con la fuerza y determinación de un viento que no va ceder hasta arrancarme al menos una hoja.

— A ver, pero dime, ¿cómo vas a conservar lo que no es tuyo?
— les decía con ese tono que hacía a todos elevar la cabeza como un águila al defender a sus polluelos.

—

Gracias a ella, los ruidos de las máquinas son menos frecuentes y, aunque siempre hubiera uno que otro herido, somos más los que nos mantenemos de pie. Sin embargo, como otro día más en este minúsculo lugar del Amazonas, hay un caído. Con un estruendo que alerta a los guacamayos de una nueva baja, me abandonan tan rápido como pueden, chillando y quejándose en el cielo. Soy yo esta vez, partido por la arrogancia de sus hachas, por la violencia que lleva su filo a quebrar mis entrañas. En unos breves instantes, mi cuerpo ya es parte del suelo sobre el que me he elevado, luchando por alcanzar la luz del sol.

¿Qué más puedo hacer? Si son tan frágiles sus voluntades que mientras mi tronco atrapa el gas tóxico que los mata despacio, su interior ya está nublado con aquellas formas tan extravagantes de vivir en un tiempo corto y miserable. Tal vez es por la ausencia de raíces en estos seres que sus cuerpos rápidamente se pudren al contacto con el piso. Es por eso que ya no luchan por ver la luz brillar y se conforman con nubes oscuras que se forman por el hedor de sus deseos.

Sé que es duro partir cuando apenas acabamos de coincidir, pero es un ciclo por el que todos pasamos. En estos últimos momentos que me quedan, antes de volver a mi curso de hacerme parte de la Tierra, mi única preocupación es ella. Temo por su vida y me apena verla rodeada de aquellos salvajes capaces de lastimar a uno de los suyos que no sienta ni piense igual sobre la vida y lo que es valioso de cuidar en ésta.

El secreto de las bestias

Enrique Isarra

El camino

En la que se supone que debió de ser mi última exploración en la selva, me topé con un viejo nativo que detuvo mi paso y me amenazó con su arco y flecha. El viejo lucía sucio y delgado, tenía harapos en vez de ropas y andaba descalzo, parecía un loco que andaba perdido. De no ser por sus gritos, no lo hubiese visto, pues parecía tan insignificante en medio de aquel lugar.

Yo era un exitoso geólogo que había abierto caminos y descubierto cientos de minas que me dieron gloria. A mis cuarenta años, ya lo había conseguido todo: dinero, lujo, mansiones y mujeres, pero sabía que aún no era suficiente. Sabía que aún me faltaba una cosa más.

Por eso, decidí que mi última gran hazaña fuese encontrar aquella mina a la que yo llamaba el verdadero “Dorado”. Sí, el mismo nombre de aquella fantasía que los nativos inventaron para ocultar sus últimos tesoros, pero la gran diferencia era que yo contaba con pruebas verídicas de su existencia.

Sabía que era arriesgado, en especial por la comunidad originaria que vivía cerca, unos desadaptados que parecían no entender sobre desarrollo, pero que estaba seguro que podría convencerlos de vender esas tierras.

Sin embargo, lo que debió ser toda una comunidad enfrenándome, fue tan solo ese viejo que apenas cargaba un arco y flecha mientras hablaba en una lengua distinta.

–¡Peligroso! –pareció decir en algún momento, mientras me amenazaba con su arma primitiva y balbuceaba palabras que, a pesar de mis conocimientos, no pude identificar. Al darse cuenta de mi tranquilidad, el viejo me miró a los ojos y soltó algunos sonidos que llegué a reconocer: –¡Chullachaqui! ¡Peligros!

Ya había escuchado esa leyenda en diferentes pueblos, pero nunca le tomé importancia, pues parecía más un cuento de

cuna que un verdadero peligro. Un supuesto duende, mitad bestia, mitad demonio, que raptaba niños y mataba a los hombres que encontraba en su camino. Pude haber ignorado a aquel miserable, pero ante la insistencia de sus amenazas, decidí responder empuñando mi machete.

Lo extraño fue que, en vez de asustarse, me lanzó una profunda mirada y siguió su camino como si nada hubiera pasado. Me quedé desconcertado por lo sucedido. Estaba tan cerca de encontrar esa mina que decidí no prestarle atención, aunque no pude dejar de reírme de aquel viejo loco.

Las horas pasaron y mientras me adentraba en la espesura de la selva, me topaba con más especies que nunca había visto. Pude distinguir algunas de ellas por todos los libros que había leído, pero apreciar la belleza directamente era una sensación distinta. Parecía un paraíso perdido en el que no había hombres. Los colores eran tan intensos y los sonidos tan vívidos que, en un momento, pensé que estaba soñando. Los animales andaban sin ninguna preocupación a pesar de detectar mi presencia. Distintas aves cantaban a mi alrededor como si estuvieran en medio de una importante conversación. Pude sentir algunas miradas de curiosidad y nunca sentí miedo.

—

Fue entonces cuando la encontré. La antigua mina que había sido olvidada con el tiempo, mi propio Dorado. La riqueza del lugar relucía por todos lados. Incluso al mover solo un poco de tierra, podía darme cuenta que había oro en abundancia.

Cogí mi cuaderno para terminar el mapa en el que había calculado que la encontraría. Dibujaba los últimos detalles cuando, de pronto, una enorme araña cayó en mi dibujo. Mi instinto respondió de inmediato y aplasté a la desdichada, pero, al hacerlo, había manchado mis hojas.

Irritado, traté de limpiar los restos del insecto. No ensucié tanto como había pensado. Suspiré de tranquilidad mientras limpiaba, cuando me fui dando cuenta que las manchas parecían indicar algo en aquella selva dibujada. Los restos de sangre con el mapa trazado se asemejaban a los de un rostro con ojos enrojecidos que me observaban.

En ese instante sí sentí miedo y, rápidamente, levanté la mirada para ver el lugar que las manchas señalaban, pero no había nada más que hojas y árboles. Me reí de mí mismo por asustarme de una insignificante araña muerta, y por alguna razón, recordé al viejo con el que me había topado horas atrás. Me salió una pequeña risa y burlonamente dije en voz baja: “Chullachaqui”.

Apenas pronuncié su nombre, el sonido de las aves y todo alrededor se detuvo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando escuché que una respiración ronca y pausada aparecía a mi costado. Me sentí desvanecer. Era la respiración de un ser que parecía haber estado todo este tiempo escondido entre los sonidos del bosque y que, al nombrarlo, me había respondido.

Al despertar

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Al abrir los ojos, vi aquel extraño ser que hurgaba en mi mochila. Era una insólita mezcla entre animal, hombre y planta. Una de sus patas parecía de cabra, pero su piel se asemejaba a la de un árbol viejo con protuberancias y moho, mientras que la otra pata parecía humana con un fino pelaje que no terminaba hasta cubrir su cola y todo el cuerpo delgado. Tenía unas enormes manos que parecían las garras de una bestia y unas orejas que se movían a voluntad. En la espalda parecía cargar un follaje con hojas y hongos de diferentes especies, las que llegaban hasta su cabeza para formar una suerte de manto que escondía parte del rostro. Sus ojos eran totalmente oscuros y parecían cubiertos por una vieja máscara de madera que no era más que su envejecida piel que resaltaba el pelaje blanco de la parte inferior de la cara, lo que lo hacía ver más viejo de lo que aparentaba.

Aturdido aún por el susto, traté de buscar, echado y en silencio, mi machete. Cuando estuve a punto de desenvainarlo, el extraño ser volteó a mirarme con mucha tranquilidad y me dijo: “¿Por qué me temes si no te he hecho daño?” Me quedé estático, no podía creer que una criatura así existiera y menos aún que hablara.

Su voz era ronca y profunda. Hablaba de una manera pausada, como pensando cada una de las palabras y, aunque veía

que su boca se movía al hablar, lo hacía de un modo tan des-coordinado que por un momento pensé que estaba soñando.

Guardé silencio mientras la criatura seguía buscando entre mis cosas. Pensé que al encontrar comida se iría, pero, sin siquiera mirarme, me dijo:

–¿En el lugar de dónde vienes atacan a los seres distintos a ustedes?

–¿Q...qué? –apenas balbuceé–. ¿Qué... eres?

–¿Qué crees que soy?

¿Una bestia? ¿un monstruo? ¿una ilusión? No tenía la menor idea de qué responder. Mi racionalidad estaba siendo desafiada y miles de pensamientos corrían en mi cabeza sin saber qué decir. El extraño ser se acercó y, entrecerrando los ojos con suspicacia, dijo:

–¿Crees que soy un monstruo?

Me di cuenta que no me miraba a los ojos, sino a mi cabeza, lo cual me hizo sospechar que no solo podía oler mi miedo, sino también escuchar mis pensamientos. Antes de hilar alguna respuesta, la bestia prosiguió:

–¿Es que acaso alguna vez he entrado a tu casa con armas y sin permiso para matar a alguno de los tuyos?

–Solo era una araña...

–¿“Solo” una araña? –respondió enojado y se levantó–. ¿Entonces debo entender que si te mato porque “solo” eres un humano, estaría bien?

–¿Matarme?

Enmudecí por segundos que parecieron horas. Estaba asustado, en medio de la selva, conversando con un ser tan raro que solo vivía en cuentos y leyendas de nativos.

–No soy un asesino ni un monstruo –me dijo, calmado, como volviéndose más viejo en un instante–. Solo soy lo desconocido.

–¿Tú eres al que llaman “Chullachaqui”?

–A lo largo del tiempo he recibido distintos nombres, en distintas lenguas y con diferentes significados.

Eso me tranquilizó. No era un monstruo lo que tenía enfrente, ni siquiera parecía tener intenciones de hacerme daño e incluso pensé que solo quería conversar, pero no sin antes comprobar que era digno de su confianza.

–Lamento mucho lo de la araña –le dije, tratando de exagerar mis palabras.

Miró fijamente cada detalle de mi rostro, luego asintió, cogió una rama del suelo que parecía ser su bastón y me lo extendió como un gesto de ayuda para levantarme.

Ya de pie, terminé por convencerme que este ser no era peligroso, ni siquiera era tan alto como pensaba. Apenas me llegaba hasta el mentón, por lo que me animé a seguir hablando.

–Entonces... ¿sí eres el Chullachaqui...? –pregunté mientras aclaraba mi voz tratando de mostrar seguridad, pero solo recibí una mirada cansada y un suspiro resignado—. O lo que llaman Chullachaqui –complementé, tratando de conseguir una respuesta.

–Soy lo que parece invisible a primera vista, pero que se vuelve obvio con el entendimiento y se transforma en olvido con el tiempo.

¿De qué rayos hablaba? ¿Tiempo, olvido, entendimiento? Me decidí a cortar la tensión y ver cuáles eran sus verdaderas intenciones.

–¿Es cierto que raptas a niños y adultos?

–¿Tú eres un niño o un adulto? –me preguntó sin mirarme.

–Un adulto –le dije, señalando lo obvio.

–¿Y crees que esto es un rapto?

Hace solo unos minutos que me había llevado el susto de mi vida y, de repente, parecía que este ser extraño y parlanchín se estaba burlando de mí.

–Soy solo un espíritu de la selva –me dijo—. Proteger el bosque de todo peligro es mi trabajo.

–¿Entonces es cierto lo que dicen de ti? ¿Matas a los hombres que quieren destruir el bosque?

–Mi trabajo no consiste en hacer la guerra, soy un guardián que enseña los secretos y maravillas de la Gran Madre. Todos están invitados a aprender, son muy pocos los que pueden escuchar y mucho menos los que están dispuestos a entender.

“Así que el famoso Chullachaqui no era más que un guardián que enseña”, pensé. Eso significaba que lo único que se interponía a aumentar mi riqueza era este ser extraño y un viejo loco con arco y flecha. Eso me dio más confianza para seguir con mis planes, así que decidí conversar un poco más:

–¿Un guardián que no pelea y solo enseña? ¿No sería mejor

llamarte brujo o maestro?

–Brujo, quizás, pero solo porque entiendo cosas que ustedes, los humanos, no. Pero, ¿maestro? –bajó la mirada por un momento, como sintiendo pena por lo que estaba a punto de decirme–. No lo creo, a veces siento que muchos no llegan a entenderlo.

Aproveché la debilidad en su voz para mostrar mis intenciones. Estaba seguro de poder vencerlo si se oponía. El Chullachaqui no era esa criatura horripilante de la que todos hablaban.

–¡Pues yo he venido desde muy lejos a reclamar esta mina de oro como mía! ¿Harás algo para impedirlo?

–Ya te he dicho que mi única tarea es enseñar a aquel que esté dispuesto a aprender. Tú eres libre de hacer lo que desees.

Sentí un gran alivio. ¡La gran mina perdida sería mía! No tendría que enfrentar a las comunidades de inadaptados ni a sus leyendas, solo tenía que reclamar lo que era mío. Pero las cosas que decía el Chullachaqui me dieron curiosidad, así que antes de marcharme, decidí preguntarle:

–¿Y qué es lo que alguien como tú podría enseñarme?

–Quien en realidad nos enseña es la Gran Madre. Yo soy solo uno de sus discípulos que muestra a los interesados lo común entre ella y nosotros. Pero déjame decirte que la lección más difícil, por alguna razón, ya la has aprendido.

–¿Y cuál es esa “gran lección”? –pregunté, incrédulo.

–El lenguaje de la Naturaleza. ¿Acaso no te has dado cuenta que cuando nos encontramos tú hablabas en tu lengua y yo en la mía, pero aun así nos entendíamos?

Mi mente se quedó en blanco. No podía creer lo que decía, pero lo más increíble era que no me había dado cuenta que estaba hablando en otro idioma que no era el mío, un idioma desconocido y que no dejaba de sonar tan familiar en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo estuve en silencio por temor o vergüenza de aceptar que esa bestia tenía razón. Al parecer, me fue imposible ocultar esa sensación, así que el Chullachaqui, de manera muy paternal, prosiguió:

–También puedo enseñarte dónde hay más de eso que tú llamas oro, aunque sería más interesante, al menos para mí, que

conozcas la razón por la que está específicamente en esos lugares.

–¿Es posible? –le respondí sin poder evitar pensar que, en efecto, estaba hablando en una lengua distinta a la mía.

–Sí, pero antes deberás decirme por qué te gustan tanto esas piedras brillantes.

–¡No hay problema! ¡Yo te lo digo! –respondí, desesperado. Sabía que con una mina me sobraba y bastaba. No obstante, tener ese conocimiento era la certeza de obtener aún más riquezas.

–Ah, solo hay una condición para que pueda enseñarte estos secretos.

–¿Y cuál es esa?

–Las lecciones tienen un orden específico y no podemos saltarlas, solo así podrás comprender todo lo que digo.

“¡Ahí está la trampa!”, me dije. Esta cosa no me enseñará nada y solo me hará perder el tiempo. ¡Rufián! Seguro esperaba encontrar un incauto. No sabe con quién se ha metido.

–Agradezco tu oferta, tengo asuntos más importantes que atender ahora –respondí, disimulando mis pensamientos.

Me miró fijamente, tratando de inspeccionar mi rostro de nuevo. Por un momento pensé que me diría algo. Solo asintió, me dio la espalda y empezó a caminar con lentitud.

Esperé un poco hasta asegurarme que de verdad se había ido. Recogí mis cosas. Cuando estuve listo, avancé uno, dos, pero antes de dar el tercer paso, me detuve, o algo me detuvo, no lo sé. Mi curiosidad o mi ambición en ese momento pudieron más. Di media vuelta y fui tras el Chullachaqui mientras que en mi cabeza inventaba excusas para no reprochar mi absurda decisión de perseguir a aquel extraño ser. Una combinación de duende, demonio y bestia. Un extraño del cual los nativos cuentan leyendas.

Es eterno

No sé cuánto tiempo ha pasado desde aquella vez que conocí al Chullachaqui, aunque debo de admitir que, a pesar de todo, nunca me mintió. Él me enseñó los más insólitos secretos de la Gran Madre, secretos que guarda nuestra Naturaleza, pero que cuando los conoces, te das cuenta que son bastante ob-

vios.

El camino de aprendizaje se realizó con diferentes lecciones. Una de esas llevaba implícita la forma en cómo encontrar aquello que veneramos y llamamos “oro”. Cuando llegué a esa lección, había visto tantas cosas que me hicieron dar cuenta que eso era menos importante de lo que creía.

Y es que aprendí sobre la real riqueza que guarda la Naturaleza. Una riqueza y sabiduría que está a la vista de todos, pero como estamos tan acostumbrados a que estos tesoros sean escasos, hemos dejado de buscarla en la abundancia de lo cotidiano. Ahí pude ver lo que es más valioso, algo que tiene mil significados, pero solo un nombre. Pude ver lo que los hombres conocemos como “la verdad”.

Al principio me costó creer que incluso con todo el conocimiento y experiencia que decimos tener, nunca nadie se había dado cuenta de estas verdades. Luego de varios años, recordé aquellas culturas antiguas que guardaban algunos de estos conocimientos, aunque no las reconocemos como ciertos. Y es que cada vez más personas “civilizadas” y “modernas”, con un inconsciente desprecio, las llaman, de forma equivocada, secretos, mitos o leyendas.

Las historias que contaban del Chullachaqui son ciertas, aunque hay un problema en éstas. Este espíritu del bosque no rapta personas, pues así como toda aquella gente que se dijo que nunca volvió, yo también fui siempre libre de estar con él o irme. Este ser no es una bestia o al menos no de la forma en cómo interpretamos a las bestias.

Él me enseñó que la verdad está dentro de la misma Naturaleza. Solo observándola detenidamente podemos darnos cuenta de aquellos secretos que hemos buscado de forma incesante durante miles de años. Pero la soberbia no nos permite ver más allá de nuestras narices.

Al observar la Naturaleza, me di cuenta lo ridículo que era aquello que llamamos “tiempo”, pues parece que desde el momento en que lo inventamos, nos empezamos a quedar sin él. Y es que es cierto lo que dicen: nuestra vida es muy acelerada, no nos damos el tiempo de siquiera ver lo importante. Incluso nos olvidamos de lo sagrado.

Y no me refiero a un Dios o quizá a esa idea de Dios que algunos tenemos, como aquella en la que es un señor mayor con

barba que nos mira y nos condena si no hacemos lo que quiere. Qué inocentes somos al justificar nuestra noción barbuda y decir que nos creó a su imagen y semejanza, como si dentro de toda esta inmensidad que llamamos Naturaleza, no hubiese creado a nada más que al hombre.

Aún si esto fuese cierto, deberíamos interpretar a Dios como un ser que lleva un traje que se asemeja a la infinidad de la Naturaleza. Pese a eso, la interpretación también quedaría corta, pues solo sería el dios de este planeta, ya que si quisiéramos atrevernos a trazar una imagen de él, su rostro sería como el de todo el universo.

Con esto solo habría una parte del dibujo, ya que hay muchas cosas en esta vida que nunca jamás podremos ver o entender en su verdadera inmensidad. Es como si quisiéramos que una pulga tratara de dibujar a la gran vaca en la que vive.

—

Lo único malo de todo este viaje con el Chullachaqui fue el momento en que me encontraron. Un grupo de exploradores mineros de alguna de las empresas en las que había trabajado. Uno de ellos, según me contaron, pudo reconocermé a pesar de mi vejez y los pocos harapos que vestía.

No tuve tiempo de coger el arco y la flecha que había armado, pues ante mi desesperación y negativa de “ser rescatado”, me dispararon con algo que permitió que cayera inconsciente de inmediato.

Desperté en una clínica y luego me llevaron a otra, pero la segunda era porque pensaban que estaba loco. No creo haberlo estado, es solo que, después de tanto tiempo de conocer y amar la selva, había olvidado nuestra lengua.

Me tomó algunos años recordarla. Fue muy tarde, nunca creyeron nada de lo que les dije. No los culpo. Si yo nunca hubiera conocido al Chullachaqui, tampoco lo hubiera hecho. Necesitaría enseñarles en el bosque los secretos de la Gran Madre. Eso, al menos en estos tiempos, no será posible.

2024

Marita Calderón

Hoy es 24 de diciembre de 2024.

Despierto inundada de memorias del 2020, cuando la pandemia clavó una advertencia sobre los cuerpos y mentes de la gente de este siglo.

Siempre me gustaron los riesgos porque dejan implícita una oportunidad, o por lo menos una esperanza. Lo divertido de jugar *Zelda*, *Mario Bros.* o *Hollow Knight*, era la amenaza latente para que la superes o fracases, aprendas y vuelvas a empezar.

Nada de eso existe aquí y ahora. Ni el riesgo ni la ilusión. Trato de enfocarme en ese olor a mar que, si me concentro bien, puedo distinguir en la playa, entre la mezcla de olores a carnes quemadas en distintos grados de putrefacción. Inspiro fuerte ese aroma a océano Pacífico que me sirve casi como lo haría el del aceite de lavanda y romero que usaba antes para dormir.

—

Chilca, donde la gente venía a llenarse de barro en sus lagunas o a pasar el verano en sus casas de playa, lleva meses convertido en un pueblo sin siquiera un murmullo de seres humanos. Sin embargo, sé que no estoy sola. El viento trae humo denso para confirmar que hay alguien allí afuera, encargándose de quemar los cadáveres según los protocolos. Debe estar a unos cinco u ocho kilómetros. Probablemente al costado de la granja avícola de San Federico.

En los primeros meses de 2020, dejé de disfrutar el aire acondicionado de la oficina y el ventilador de mi casa tenía que bastarme para sobrellevar el verano. Empezamos a usar mascarillas y nos quejábamos por eso y por el cierre de las oficinas, restaurantes, bares y teatros. No sabíamos cuántas muertes iban a ser noticia diaria durante los siguientes meses, cuánta gente iba a perder su trabajo y tomar cada vez más riesgos para apañárselas económicamente.

En 2024, una mascarilla no sirve de nada. Lo que funciona es un traje de fibras naturales, ligero y de mangas largas, que nos protege de los rayos solares sin hacernos sudar. Cuesta mucho más que los de fibras sintéticas. Menos mal que el gobierno ahora los provee en los puestos de salud que siguen abiertos. Solo hay que ir y llevarse uno, si es que queda. Nadie exige que esperes a que llegue el personal del Estado para atender-te, porque eso, sencillamente, no pasará.

Leí que en algunos países mediterráneos hay una máquina expendedora en cada plaza municipal, así puedes adquirir tanto el traje como otros equipos de protección personal, los EPP. Como están subsidiados, cada kit de EPP cuesta cinco euros, mucho menos que un almuerzo.

Es 24 de diciembre de 2024 y sé que todavía no llegan a un acuerdo acerca de cómo llamar al hongo que desencadenó todo. En la radio escucho que discuten si pertenece o no a la clase *Chytridiomycetes*, porque también comparte características con otro *fungi* que solo ataca invertebrados y, sin duda, los seres humanos somos vertebrados. Quizá para fin de año este organismo ya tenga nombre, pero no sé si eso nos ayudará a sobrevivir estos 50 °C de temperatura, la falta de agua y la enfermedad.

En enero de este año, la temperatura media global llegó al tan advertido 1.5°C de calentamiento superior respecto a los niveles de la era preindustrial. Los gobiernos que habían negado la crisis climática vieron desaparecer a sus votantes y contribuyentes de impuestos. La última vez que alguien salió a negar públicamente esta crisis, recibió insultos y piedras directo a sus espaldas. Admito que me reí cuando vi eso.

Las sequías son tan frecuentes que han convertido los pañitos húmedos envasados herméticamente en piezas clave de cualquier kit humanitario y de EPP, junto con los sobres de aluminio que contienen una pasta húmeda de maní enriquecida para que sobrevivas mientras encuentras una provisión estable de agua. Aquí te llevas libremente cualquiera de esos tesoros, si es que los encuentras, por supuesto. Luego solo debes preocuparte por el agua apta para beber y un techo que te provea de sombra.

Incineraron los primeros cadáveres humanos infectados en espacios abiertos cercanos al mar, en Lurín y aquí, en Chilca.

Puedo imaginarme cómo fue ese día, la primera vez que organizaron todo: el calor de la mañana, el hedor y también las aves trazando en el cielo signos de infinito, unas; y signos de V, las otras.

Siento que se desprenden las escamas de mis labios. ¿Cuándo empezó esta nueva crisis? Quizá en febrero, no podría decir fechas con certeza ahora que no confío en mi memoria, ahora que el dolor de cabeza se ha vuelto crónico. En Perú, el epicentro fue en la costa central, precisamente en una de las granjas de explotación de aves afincadas a un flanco de la carretera Panamericana Sur. Cuando el verano al fin cedía, las granjas avícolas costeras, como San Federico, empezaron a contratar trabajadores a diario y con urgencia, bajo la consigna del éxito de su industria. Sin embargo, sus gerentes ocultaban que los obreros morían a una velocidad inexplicable. ¿Desde hace cuánto y por qué morían? Lo ignorábamos todo.

Pronto fue demasiado difícil seguir enterrando tanta gente y compensando económicamente a sus familias sin explicar lo qué ocurría, incluso para una industria tan poderosa y arraigada a la cultura popular. La ola de muerte y hedor se extendió al norte y al sur en menos de un mes.

En los mercados, durante cada día de febrero, marzo y abril, nadie dejó de comprar cadáveres de pollos y gallinas. Y si no había, exigían y gritaban que pagarían más si había que hacerlo.

Ahora sabemos que los dueños de San Federico y sus similares en la industria pagaron todo ese tiempo a los medios masivos para no difundir la noticia y siguieron vendiendo los cadáveres de las aves, luego de pasarlos por lejía y enjuagarlos para retirar ese olor tan intenso a cloro. Sus contratos con las agencias de publicidad más experimentadas les valieron campañas de muy buen *engagement* que incrementaron las ventas luego de unos pocos días de escasez.

No tardó en difundirse un rumor de que la nueva enfermedad que estaba atacando en la costa se trataba de una variante de la COVID-19, que caía enferma la gente que nunca se había vacunado y cuyo sistema inmune estaba más débil. De nuevo, aconsejaban lavarse seguido las manos, volver a las mascarillas dobles, por si acaso, y nada más.

En abril, el consorcio avícola peruano dio a conocer “Estoy

contigo, Perú”, un programa de responsabilidad social que cubrió el costo de incinerar mil cadáveres de personas al día a partir de mayo. No necesitaban comprobar si la causa de la muerte había sido la nueva enfermedad, pero resultaba muy rápido y le ahorraba mucho trabajo a los gobiernos locales. Recibió el inmediato agradecimiento del Estado, representado en un generoso descuento tributario.

Pero, como la mayoría de las aves, las noticias vuelan. Empezaron los debates sobre las aceleradas muertes de trabajadores de granjas de explotación de aves, esta vez en Argentina, Estados Unidos de Norteamérica, China y Alemania. En cuanto detectaron el origen e hicieron público que no se trataba de ningún coronavirus, miles de activistas de la sociedad civil exigieron, en todos los tonos y medios, la inmediata aprobación de políticas para prohibir la explotación y consumo de aves. Lograron las primeras medidas en menos de un mes. De pronto, los cadáveres de pollos, gallinas y pavos desaparecieron de mercados y restaurantes. Quedó prohibida su compra y venta, mucho menos la importación y exportación.

“¡Implementaremos medidas inmediatas!”, prometió el entonces presidente peruano y el Congreso declaró que lo apoyaría. Pasaron tres meses. La ola de muertes arrasó primero con los centros poblados que colindaban con las granjas, luego alcanzó los balnearios de pescadores y las casas de playa. Se extendió de modo veloz por todas las ciudades costeras y, luego, más lentamente, por las áreas andinas y las comunidades indígenas amazónicas, incluso los pueblos no contactados.

Hoy, 24 de diciembre, la población que habita el Perú es varios millones menor a la que había sido proyectada para este año. El Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) no tiene personal suficiente y solo repite una estimación basada en el galopante número de muertes y la tasa de natalidad; suma juntos a nacionales y migrantes, obvia a las personas indocumentadas y a los recién nacidos no registrados. “Somos ahora una tercera parte de quienes íbamos a ser este año, hagamos lo que podamos para seguir adelante”, declaró la nueva presidenta interina del país.

Casi todas las personas que quedamos en el Perú somos consideradas económicamente activas y debemos llevar el peso de la reactivación. Ayer, una mujer de unos treinta años, de

piel marchita por el sol, se hizo famosa por sus *graffitis* en la plaza mayor de Lima y sobre las sedes de la SUNAT: “Solo somos sobrevivientes”. Dicen que firma con una “F”.

En octubre, un grupo interdisciplinario de científicas locales dedicadas a estudiar el fenómeno de las aves en las granjas logró identificar en ellas un hongo nunca antes visto, similar en conducta al *Leucochloridium Paradoxum*, pero mucho más sofisticado. Este elige a polluelos de cualquier sexo para distribuirse hacia toda la población encerrada en cada granja de aves. Aunque las aves enjauladas son miles, esto sucede en cuestión de horas y no hay síntomas visibles en los primeros días. Luego, los polluelos mueren a un ritmo desigual que todavía no se ha logrado explicar. Las aves infectadas que llegan a la adultez no presentan síntomas claros de enfermedad durante semanas.

Este parásito, una vez instalado, solo permite a las hembras vivir hasta la adultez. Se aloja en el cerebro. Lo fascinante es que desarrolla permanentemente habilidades de comunicación masiva y gestión y, durante su tiempo de vida, son eficientes distribuidoras no solo del hongo, sino de una versión nueva del mismo que se instala con éxito en los seres humanos y acaba con ellos en tres días a partir de una multiplicación veloz de millones de esporas que arruinan el sistema respiratorio y el corazón. Al hongo le basta el contacto de pico a mano o que cualquiera respire cerca de las heces, y estas, una vez aplastadas y llevadas a proceso de oxidación por el oxígeno, siguen distribuyendo el hongo. De humano a humano se vuelve contagioso casi de inmediato. Las esporas del hongo sobresalen del cuerpo, incluso si la persona infectada lleva muerta varios días.

En abril, Luis Ikk, uno de los gerentes avícolas en la costa peruana, ya sabía de los obreros contagiados en los galpones. Convenció a otros gerentes para empezar la incineración de cadáveres humanos. Pero las miles de gallinas muertas tenían un olor extraño, peor aún que el de los polluelos que murieron enfermos antes de ser triturados y desechados –la práctica común de toda la industria de explotación de aves ponedoras de huevos–, un hedor incluso peor que el de los jóvenes machos enjaulados para el ‘engorde’ por la industria de carne avícola. Los enjuagues de lejía los libraron de esa fetidez, pero

no de las esporas en los órganos internos.

No dejaron de vender ninguna de estas aves, hembras sacrificadas a los sesenta y tres días de vida y pollos machos muertos por enfermedad mucho antes de llegar al mes. Quienes abrieron y cortaron sus cadáveres, y quienes prepararon alimentos con ellos, se convirtieron en el tibio hogar de las esporas y murieron de infecciones respiratorias en tres días como máximo. Contagiaron inexorablemente a sus familias.

Observaron mediante cámaras en tres de las granjas cómo las gallinas, debilitadas por el hacinamiento, se esforzaban en tocar con su pico a todo aquel que pasaba cerca y en dejar huellas de saliva y heces en los barrotes de sus jaulas. De igual modo identificaron patrones de comunicación entre aves que sobrevolaban las distintas granjas y las aves encerradas, como si coordinasen entre ellas sus siguientes pasos.

Muchos cadáveres acabaron cerca de la playa, reducidos a sangre, órganos expuestos y ese olor. Las gaviotas se acercaron, los picotearon y, antes de morir, llevaron en su vuelo las esporas del hongo por toda la franja costera.

Los perros hambrientos no se acercan nunca a los desechos de la industria avícola, restos de seres capturados y organizados por un hongo. Hace mucho que los gatos se escondieron o migraron, parece que aprovecharon las bolsas de los almacenes de alimentos veterinarios y se fueron. Me pregunto si saben distinguir los cadáveres infectados y si solo aceptan alimento seco o de lata.

Es víspera de navidad para los creyentes, no hay cena familiar, ni árboles cubiertos de luces multicolores, mucho menos visitas que lleguen con panetones, pero yo sí aguardo con ansia un regalo: ver algún gato e invitarle una latita que guardo hace mucho en mi mochila.

No tengo miedo a la muerte, con tal que sea frente al mar. Ni siquiera me asquea la caída de las heces de las aves. Jamás me molestó. Por eso salí de la ciudad y traje todas las pilas y baterías que encontré, un filtro de agua, una radio, una tablet, algunos libros, lejía, alcohol, bicarbonato y vinagre. Desinfecto todo. Solo salgo muy temprano o al anochecer, cuando el calor es soportable. He dejado entrar a los perros que deambulan. Basta con ofrecerles un poco de agua dulce y me siguen.

Aquí estamos y solo vamos a esperar.

Giro inesperado

Alisson Aguilar

¿Cómo empezar cuando todo es un final? ¿En qué momento se me olvidó ser feliz? Pero sobre todo: ¿cuándo cambió el mundo que ya no me quedan otras preguntas por resolver?

Ayer por la tarde tuve un vago, pero vívido sueño de mi vida antes de las luces. Había una pila de archivos por trabajar asentados en un lado de mi escritorio y del otro se encontraba mi taza de café que, como de costumbre, me servía todas las mañanas en la oficina. No recuerdo los rostros que frecuentaba y las interacciones eran fugaces. Nadie hablaba, escuchaba o gestaba. Todo parecía automático y vacío.

Me acerco al tocador, me miro brevemente en el espejo pensando cuál es mi verdadero propósito y me doy cuenta que me he convertido en una vana aspiración, pero que, sin serlo, probablemente lo poco que había ahorrado no me serviría en un par de semanas. Hace muchos años dejé de existir para sobrevivir. Sabía que no era la única. Mi descanso a la sombra de aquel árbol al que alguna vez juré cuidar se ve interrumpido en ese preciso instante al entender que fui solo un eslabón más en una interminable cadena de ideales avaros.

Dicen que los sucesos que recordamos al terminar de soñar siempre fueron reales. Mis padres solían decirme que idealizaba mucho mi vida y que en algún momento eso me jugaría en contra. Siempre tuvieron razón. Simplemente no podía dejar de hacerlo. Incluso ahora, en medio de lo que es una catástrofe mundial, no me limito a pensar que llegué aquí sin un propósito. A estas alturas, refugiarme en mis recuerdos es lo más sensato posible. Añoro tanto el calor familiar, desde una simple pelea hasta una cena navideña. Nunca imaginé que lo único que me quedaría de ellos sería una foto de cuando cumplí ocho años. Es lo que más cuido para no olvidarme de sus rostros y acudo a ella cada vez que siento mi viaje inacabable.

Despierto en lo que queda de un bosque talado por la necesidad de tierras fértiles. Ya casi no llueve y lo poco que precipita, en su mayoría, es ácido. Los que vivían del campo han

tenido que migrar a la ciudad de manera obligatoria porque no se dan abasto y algunos han optado por mudarse lejos, esperanzados en encontrar un mejor lugar donde los desastres climáticos no hayan azotado con furia.

Los países del tercer mundo son los más afectados ya que los recursos naturales nunca fueron nuestros y no los supimos cuidar. No llegamos ni a los cincuenta mil habitantes por ciudad. La pandemia en 2048 arrasó con la población que quedaba y muchos fallecieron a la espera de una vacuna que nunca llegó. Es una historia que pocos entienden, pero desde el gobierno de 2030, la situación empeoró. Concesionaron el territorio nacional a foráneos que realizaban actividades de extracción masiva de minerales y el famoso oro negro. Cortaron los brazos de las organizaciones ambientales alegando un estorbo para el desarrollo común y las medidas autoritarias favorecieron solo a la élite militar, política y económica.

Sé que parece de locos, pero así ocurrieron las cosas y los pocos que quedamos estamos sumergidos en la contaminación. Ahora nuestra guerra es con el propio Estado, aunque la verdad solo exigimos igualdad. Formé parte de una pequeña resistencia denominada “EON”, pero se ha cobrado caro el luchar por otros. Mi hermana falleció hace unos meses al intentar evacuar a unos heridos. En las noticias le llamaron “operación antiterrorista”. Después de muchos años, la connotación de la palabra cambió, ya no para referirse a los radicales, sino para erradicar a presos de un sistema injusto. “Hipérbole”, así le decíamos. Era parte de una brigada de primeros auxilios.

Para entrar en contexto, la sangre ya no era un problema, la prioridad eran las cámaras purificadoras. Estas eran la vida de todos en la capital. Se encargaban de oxigenar todo el armazón o en cuestión de instantes, podías morir intoxicado por cualquier vía de contacto con el aire exterior. Los astronautas nunca estuvieron tan cerca de nosotros. Mi hermana, sin duda, fue lo mejor que me pasó. Era obstinada e inteligente, dos de los componentes más llamativos en una persona y su lado temeroso siempre me hacía sentir que todas sus experiencias eran como un chiste. Nunca olvidaré el día que mi mamá la tenía cargada una tarde de verano y un pequeño “torito” se posó en su pierna. Su piel se tornó pálida y pensó que era una polilla de la selva, de esas grandes que solían venir por

Lima cuando hacía bastante calor.

Rápidamente lloró y gritó pensando que el insecto insertaría su veneno. No entiendo muy bien qué habría pasado por su mente para liberar ese estruendoso quejido, pero fue desesperante verla así. Aún se me eriza la piel al recordar esos animalitos que hacían sonidos al volar de aquí para allá al lado de las lámparas y que generaban una sensación de hormigueo en las manos porque eran animales que, a primera vista, no eran tan deslumbrantes. Yo creo que nadie notó los detalles a lo largo de los años, pero ellos también desaparecieron cuando los problemas ambientales comenzaron a penetrar en las poblaciones más vulnerables e imperceptibles a nuestro alrededor.

Suelo extenderme mucho con mis pensamientos, pero en pocas palabras, no he vuelto a ser la misma. Ya no tengo con quién hablar de mi dolor. La culpa me invade y no puedo pensar en ella sin llorar, sabía que mis padres dejarían este plano en algún momento, aunque pensé que ella me iba a acompañar el resto de mi vida. Nunca debí decirle que se uniera, ahora estaba sola.

—

Son las seis de la mañana y necesito llegar al tren que cruza lo que queda de la Amazonía. Fue el sonido del choque de los rieles con las llantas de los vagones suspendidos por grandes columnas de concreto lo que logró despertarme. El sol ya no lo hace porque el smog forma estratos inmensos color ceniza en el cielo y la luz apenas pasa a través de ellos. Aún debo caminar por lo menos unas dos horas para llegar a las coordenadas que anoté. Por lo pronto, continúo cortando maleza seca para abrirme paso. Casi nada tiene vida aquí y hay un humor extraño en el ambiente.

Siempre quise conocer el Perú profundo, pero creo que hubiera sido muy diferente en otro momento. Ahora más que nunca valoro haber tenido los medios para apreciar el paisaje y disfrutar de la autonomía de la Naturaleza. Creo que nos pasamos la vida arrepintiéndonos de cosas que nunca decidimos y no experimentamos la hermosa incertidumbre de un camino sin conformidades. Me pregunto si, de haberme con-

vertido en una persona más espontánea, hubiera cambiado de alguna forma la tragedia en este planeta o si por lo menos habría podido aportar mi grano de arena de modo consecuente.

Llego a una aldea un poco lejana, como a unos diez kilómetros de donde estaba. He tenido que cargar cinco litros de agua para pagar mi subida: los conseguí con el trabajo en una de las últimas minas antes de tomar la decisión de venir hasta acá.

Las monedas se dejaron de fabricar hace tiempo. Para el año 2035, las fuentes de agua se habían agotado en un 80% y lo que quedaba se utilizaba a manera de trueque para adquirir cosas o fabricar comida masiva, que no eran más que tabletas de colores, cada una con una función específica para el cuerpo. Me comentaron alguna vez que su origen proviene de personas que voluntariamente se someten a cuartos gasificados para morir y utilizar su cuerpo como materia prima para fabricarlas. A lo mejor es una broma de mal gusto. De ser real, prefiero creer que no hemos llegado al punto de canibalizar la vida y usar el agua para sintetizar otros compuestos esenciales.

Me encuentro con un poblado casi nulo. Son solo tres familias, ninguno de ellos tiene cabello porque es difícil mantenerlo con lo que aqueja. Me dirijo hacia la cabaña del cacique para solicitar permiso de estadía y adquirir una batería extra para mi cámara. A este punto del colapso ambiental no existe humano en el mundo que no tuviese una de estas o que no fabricara sus propios recargables para que funcionaran.

Sé que todo tiene un precio, así que les ofrezco a cambio un litro de agua. Cabe decir que no son exactamente bidones, todo es a nivel molecular y la paga es por medio de unas pequeñas cápsulas compresoras. No es mucho, pero durará al menos unos días. Mientras conversamos, como unas plantas que ellos mismos cultivan una vez al mes, cuando la Naturaleza se apiada y cae agua dulce. Es claro que se encuentran estratégicamente ubicados, puesto que no toda la Amazonia corre con la misma suerte. Aún así, la realidad no se aleja mucho de la malnutrición en Yemen. Les cuento que he huido de la capital, nunca les digo el porqué, la verdad no creo que les pueda interesar escuchar la historia de cómo tuve que cercenar parte de la piel de mi espalda para quitarme el dispositivo rastreador que me habían instalado como estrategia de su

plan de control ciudadano.

De cierta forma es envidiable saber que viven libres y que han encontrado la manera de sobrellevarlo. Me atrevo a decir que no están enteramente al tanto de lo que sucede en el mundo. A veces la ignorancia puede ser dulce también. Les he mencionado mi plan, pero me comentan que la única manera de llegar es por un ascensor dentro de un árbol y que la entrada es subterránea. Nunca he ido, así que lo más conveniente es ofrecer más de lo que he dado. Después de todo, no tengo nada que perder.

Temprano por la mañana, Tulio y yo partimos en una canoa por el río o lo que queda de él. Estamos a treinta minutos por agua y quince más caminando. Me sorprende al ver la cantidad de residuos putrefactos que flotan y los matices de lo que ahora es la selva: parece un viaje o dibujo bajo psicodélicos. La intoxicación de plantas y animales se ha perpetuado hasta en los lugares más inhóspitos. Como es de esperarse, las especies sólo han sido parte de un sistema de adaptación ininterrumpido para cumplir con su rol intrínseco. Hay especies sumamente extrañas. Me es difícil intentar siquiera describirlas.

Minutos antes de llegar a tierra firme, escuché unas radios. Tulio me dijo “Escóndete, son los militares”. Solo atiné a ocultarme tras un árbol mientras bordeaban la zona al frente. Supuse que estaban buscando algo importante, miraban mucho al suelo como intentando encontrar huellas. Seguimos con el paso y llegamos a lo que sonaba como un piso de madera. Me pareció algo extraño, pero habíamos llegado y estábamos encima de la entrada.

Me despedí de Tulio y le obsequié un pedazo de chocolate. Los pequeños gestos me hacían sentir que mi humanidad no había desaparecido. Abrí la tapa de madera sobre la que estaba y descendí por las escaleras a un pasillo pequeño que me llevó al ascensor. Al llegar, me percaté que en la entrada había personas de EON. Me habían comentado que la estación había sido tomada hacía algún tiempo por ellos. Atiné a enseñarles un tatuaje con el que nos habíamos iniciado y me cedieron el paso a uno de los primeros vagones con destino a Brasil. Allí tomaría, en la clandestinidad, un vuelo a Finlandia, donde las circunstancias climáticas habían sido mejor manejadas o al menos eso era lo que se creía.

Pensé que sería un problema ingresar. Después de todo, había desertado y mi situación era aún más complicada por donde se viera. Dentro del vagón escuché unos pequeños chillidos. Me dije a mí misma: “Seguramente es el sonido del riel”. No dejaban de insistir y yo solo quería dormir porque quedaban aproximadamente tres horas de viaje. El tren frenó de golpe y se escuchó un gran quejido. Volteé y a mi lado izquierdo había un pequeño cachorro que lloraba .

Quise ser indiferente. No lo logré. Me acerqué lentamente y le ofrecí un poco de la carne seca que me había robado de uno de los supermercados abandonados durante mi travesía. Me lo recibió y entró un poco más en confianza. No sabía cómo había llegado aquí, pero probablemente su madre había muerto muy cerca. Sabía que era imposible dejarlo al olvido y donde comía uno, podían comer dos. La llamé Flomar, era el nombre de una mascota que siempre quise tener, aunque por razones de fuerza mayor, nunca pude. Sabía que había llegado a mi vida por algo. Me preguntaba por qué aquí y ahora.

Ya estábamos por llegar y comenzó a helar. Felizmente cargaba conmigo dos chompas de lana de alpaca, de esas gruesas que te hacen sudar y logré hacer un espacio para que el pequeño pudiera cobijarse. Despertamos y era otra la atmósfera, muy distinta de la selva que habíamos dejado en Perú. Me hizo daño y tuve que doblar la protección de mi cámara. Noté algo extraño. Flomar no necesitó de nada y en tres horas ya no cabía en mi pecho: pesaba siete kilogramos y apenas podía reconocerlo. Su color había pasado de ser de un negro como el abismo a una tonalidad marrón-rojiza y con rulos, quizás para protegerse del frío.

Intenté repasar en mi cabeza todas las clases de biología que había llevado en la universidad. Ninguna parecía darle una explicación a lo que había pasado. No le presté mayor atención, estábamos con la hora y debía llegar a la casa de mi amigo Jacobo antes que del anochecer. Con él había ido de intercambio cuando tenía quince años y nos hospedaría en su casa hasta que pudiera ir al lugar desde donde salía el avión. El camino era gélido. No había ríos, lagunas o alguna masa de agua que tuviera movimiento. Todo estaba sepultado bajo una capa inmensa de hielo, así que el paso era ligero.

Llegamos a lo que era una residencia inmensa, de finos aca-

bados, en lo que antes estaba tupido de vegetación. Jacobo me saludó llorando, no lo veía hace mucho y habíamos cambiado tanto que apenas nos reconocimos. Nos hospedó en una pequeña alcoba subterránea y mencionó que era lo único que tenía porque ayudaba a personas de zonas aledañas a conseguir comida y abrigo temporal. No pasó mucho tiempo hasta que tanto Flomar y yo quedamos privadas del cansancio.

Esta vez mi pesadilla recurrente es distinta. Hablo con una mujer de voz gruesa acerca de lo que me ocurriría. No conozco a nadie de los que pasan por mi celda y no dejo de repetirme que no soy más que alguien que los quiere ayudar, pero no logro entender a qué se refiere. ¿Serán conocidos de alguna vida pasada, es decir, existirá realmente la reencarnación? Me levanto ansiosa y con un extraño sudor en las manos. Al dejar todo ordenado para emprender el viaje a la aeronave, encuentro una pequeña caja de un material extraño, como piedra volcánica, tallada y con infinitas simbologías grabadas en su superficie, así como una nota: *Todo es real, pero solo es pasajero.*

Me asusto y dejo caer la caja. No se rompe, pero se abre. Por algún motivo entiendo los jeroglíficos. Entonces, la pequeña caja se convierte en una tabla de piedra. En ella hay escrito una especie de acertijo: *Debes llegar a donde aún no existimos.* Es la primera vez que algo así me sucede y, para ser honesta, siento que me estoy volviendo loca. Tengo un mal presentimiento, pero me siento importante y confieso que sentirme así después de tanto tiempo no me viene mal. Después de todo siento que tengo un propósito.

Estábamos ya en la cola del expreso a Finlandia y al despertar, el piloto me llamó para preguntarme si estaba lista. Como si fuera la única persona allí. Flomar empezó a inquietarse. En ese preciso momento, una luz en el horizonte me cegó y la turbulencia de la cabina hizo que perdiera el equilibrio y me golpeará contra uno de los controles laterales. Quedé inconsciente. Desperté y Flomar estaba a mi costado. Esta vez estábamos encerradas en algún lugar en el que no necesitaba ninguna clase de tratamiento para respirar. Estaba claro que no era la Tierra.

Unas horas más tarde, se acercó alguien que describiría como un humano, o casi. Sus orejas eran puntiagudas, sus ojos celestes como un mar caribeño y vestía un uniforme blanco. A

medida que se desencadenaban más cosas, más eran las dudas que tenía. “Mi nombre es Jul-Há”, me dijo. En la historia ellos son seres que no existen, pero controlan todo desde el inicio en cada una de las galaxias del universo. ¿Somos todos parte de un experimento? ¿Nos estuvieron programando todo este tiempo? Me di cuenta que, en efecto, éramos algo que se les había escapado de las manos. Como era de esperarse, la cura estaba en la genética de Flomar y estuvo destinada a llegar a este momento con ella. Hiciera lo que hiciera y por más resistencia que pusiera, mi vida se iba a reducir a este instante.

Sabía que debíamos adaptarnos genéticamente a las condiciones en las que la humanidad vivía para empezar de nuevo y revertir los efectos del cambio climático para restaurar el planeta de a pocos. Eso significaba dejar ir a mi amiga. Su realidad no sería muy distinta al devolverla a la Tierra, los militantes la buscaban también. La decisión no era fácil e implicaba ser consciente que continuaríamos como un experimento de seres superiores.

Por primera vez en mucho tiempo se me había otorgado una responsabilidad que siempre pedí, pero no sabía qué hacer. ¿Realmente era válida una segunda oportunidad? ¿Éramos acreedores de eso luego de ponernos en esta situación por una negligencia con nuestro propio mundo? Pero por encima de todo: ¿era yo la indicada para llevar ese peso tan grande sobre mis hombros?

Recuerdos a orillas de Killay

Claudia Alama

¡Hoy es el día! –dijo Abril al mismo tiempo que sentía que sus palabras rompían el silencio de una saliente mañana de verano. Tenía un rostro dubitativo propio de quien trata de esclarecer si aún se encuentra en el universo de los sueños. De pronto, Abril cayó en la cuenta de que ya había abierto los ojos y que, en realidad, había llegado el momento esperado: el día en el que cumpliría catorce años.

La joven, entusiasmada, esperaba cada verano el día de su cumpleaños, pues le encantaba celebrarlo junto con sus amigas, amigos y seres queridos bajo el cobijo de la vegetación que la rodeaba. Sin embargo, este año sería diferente, pues atravesaría el bosque en el que se afincaba su morada y emprendería un largo viaje hacia el lago Killay, lo cual le producía aún más emoción.

Killay es una de las obras de la Naturaleza más admiradas por Urpiwasi, comunidad que ha visto nacer y crecer a Abril. Este alberga a innumerables especies de peces y patitos silvestres, quienes no solo gozan día tras día del paisaje, sino también de la reverberante vegetación que lo rodea. Además, sus aguas cristalinas dotan a sus visitantes de una inefable sensación de tranquilidad, lo que les permite detener el tiempo unos instantes y admirar dicho paisaje como si fuese una fotografía del recuerdo.

Es así como Abril evocaba a Killay, lugar al que no visitaba desde hacía diez meses, tres antes de la partida de su madre. La joven la recordaba con ternura, así como sus entrañables conversaciones vespertinas. Cada fin de año, ambas traspasaban los inmensos caminos del bosque para llegar al lago que avistaban desde lejos por la amplia convergencia de sus aguas. Pero este año, Abril iría sin compañía y, pese a ello, se encontraba emocionada, ya que cuidaría una vez más de aquel hogar que hasta ahora le transmitía una brisa maternal.

De repente, la joven saltó de su cama y, con una sonrisa, alisó su mochila de excursión, no sin antes preparar los alimen-

tos para los conejitos que la visitaban cada tarde. La joven se encontraba lavando y picando vegetales cuando el impacto de fuertes truenos provocó en ella una infinita sensación de temor. Se quedó paralizada. Unos segundos después, escuchó que sus amigos en las casas aledañas repetían sin cesar, “Corran, el lago Killay se ha desbordado”. Al oír esto, Abril se atemorizó más, pero, al mismo tiempo, dijo: “Algo anda mal” y recordó que Killay no dejaría caer sus aguas sin razón alguna.

Tomó su mochila y se colocó rápidamente sus botas de excursión. Tan pronto como pudo, alimentó a los blancos conejitos y salió en dirección al lago y esperó que alguien le pudiese dar noticias del mismo antes de llegar. No obstante, cada camino que recorría a lo largo del bosque lo encontraba casi deshabitado. “¿Habrà quien me pueda dar razón del estado de Killay?”, se preguntaba mientras se sumergía en la vegetación.

—

Abril sentía que había recorrido el bosque por completo, pero a pesar de ello, no encontraba el final del camino y tampoco avistaba a habitante alguno que le pudiera informar sobre el extraño suceso en el lago. En ese instante, después de kilómetros de recorrido y en medio de la vegetación, empezó a sentir un dolor en el pecho. Era leve, lo podía soportar. Pero luego de unos instantes, percibió que todo a su alrededor daba vueltas. Fue en medio de tal mareo que llegó a escuchar un suave sonido que, poco a poco, se hacía más fuerte y comprensible.

Intentó afinar su oído lo más que pudo hasta que después de numerosos intentos, escuchó una voz que le preguntó como si cantara: “¿Se encuentra bien? ¿A dónde se dirige?”.

Abril reaccionó con rapidez, no perdería la única oportunidad que había tenido para escuchar a alguien que le pudiera informar sobre Killay. Fue así que, casi de sobresalto, volvió en sí y respondió. “Sí. Voy al lago Killay, el más grande en la comunidad”.

—Oh, no se acerque por allí —dijo la voz—. El lago Killay se está rebalsando y no hay quien lo pare.

—¡Por favor, indíqueme cómo llegar! Vengo desde lejos y necesito estar allí. Conozco el lago desde que era muy pequeña y sé que hay una razón por la cual clama de forma tan violenta.

–Pero, por favor, no se acerque mucho. Es muy peligroso. Dicen que se está desbordando porque intenta librarse de seres extraños.

–¡No puede ser! Sabía que algo andaba mal. Tengo que llegar hasta allá. ¡Por favor! ¡Ayúdeme a llegar!

Vacilante, pero vencida por la insistencia de la muchacha, la voz cantora le indicó a Abril que aún le faltaba recorrer algunos metros. No obstante, al llegar al cartel dorado, podría voltear a la derecha y justo ahí encontraría el lago.

Abril le agradeció por la ayuda y emprendió, ahora más furiosa, el viaje hacia los matorrales que indicaban que el bosque llegaba a su fin. A medida que recorría el camino y vislumbraba la vegetación, se forjaba en ella una mirada impenetrable que evidenciaba su indignación y, a su vez, escondía su tristeza por aquella Naturaleza que había perecido ante la inundación.

Después de incesantes minutos de caminata, Abril vio el brillante cartel y, al llegar, corrió hacia la derecha, por un camino cada vez más húmedo por el desborde que provenía de Killay. Al corroborar el inmenso rebalse y con una tristeza furiosa, se abrió paso entre los senderos hasta llegar al lago.

–

Al arribar, se impresionó por lo que sus ojos divisaban. El lago de aguas cristalinas se encontraba ensombrecido por nubes que dominaban el paisaje. En el interior del lago se podían ver algunas especies de peces que, lentamente, se sumergían en las profundidades.

El panorama se hacía más desolador. La vegetación había sido destronada por el agua que caía y caía con más fuerza. Los caminos se habían inundado y el desborde se extendía hasta llegar a sectores hasta el momento inalcanzables por quienes habitaban Urpiwasi.

Abril caminaba con cautela al mismo tiempo que trataba de idear un plan para desterrar a quien estuviera detrás de aquel desastre sin precedentes. Atravesó los húmedos caminos hasta toparse con la vegetación que prevalecía. Encendió su linterna para observar si detrás de los matorrales había llegado el agua, pero se paralizó por unos instantes que, en su momento, le parecieron eternos.

Cuando pudo ver con mayor claridad, se dio cuenta de que no estaba frente a un solo ser desconocido. Se encontraba, más bien, ante decenas de personas, todas extrañas y vestidas con uniformes anaranjados que los cubrían por completo.

Abril continuaba aterrada, pero esta vez no era solo por la presencia de seres nunca antes vistos, sino también por lo que realizaban. Con los ojos casi llorosos, veía cómo estas personas conectaban conductos detrás del lago para extraer el agua y transportarla a grandes reservorios. Este procedimiento se repetía sin cesar, lo cual provocaba en Killay reacciones adversas que derivaban, a su vez, en un indomable desborde.

En ese instante, Abril recordó una antigua leyenda que su madre le había contado cuando paseaban por el bosque. Hace muchos años, la comunidad había sido invadida por criaturas extrañas. Dichos seres se apoderaron del territorio y lo destruyeron sin piedad. Eran seres muy poderosos que no habían sido desterrados por la comunidad, hasta que una mañana, al ver el sufrimiento de los habitantes, los árboles del bosque se confabularon y empezaron a crecer muy alto hasta bloquear la entrada de los rayos del sol. Asimismo, las aguas del Killay se redujeron y dejaron a los invasores sin bebida que los pudiese hidratar. Es así que la Naturaleza limitaba la permanencia de sus oponentes en Urpiwasi.

Con esto en mente, Abril se armó de valor, decidida a enfrentar a quienes invadían los lugares en los que ella y sus contemporáneos habían crecido. Es así que, en medio de los matorrales situados frente al lago, la joven emitió un silbido que se expandió por todo el bosque y ante el cual acudieron diversas fieras dispuestas a respaldarla. Las personas uniformadas voltearon y también emitieron una señal como si supieran que alguien vendría a enfrentárseles y levantaron sus armas en dirección a los jaguares que llegaban a lo lejos.

Al ver al cúmulo de personas que lograban imponerse ante ella con un poderoso armamento, Abril sintió que un temor infinito inundaba su cuerpo. Pese a eso, no se amilanó y, más bien, se dirigió hacia sus oponentes con la confianza de que los desterraría. Junto con numerosos jaguares, se abrió paso entre los matorrales hasta llegar a donde estaban las personas uniformadas. Algunas bajaban con sus armas ante el imponente paso de las fieras; otras, en cambio, se aferraban al

gatillo, confiando en que, al apretarlo, se impondrían ante la joven y desaparecerían a sus oponentes.

La mirada penetrante de Abril volvió a protagonizar su rostro. Con mayor seguridad, llegó hasta donde se encontraban los invasores con la intención de exigir su definitivo retiro. Sin embargo, tan rápido como una ráfaga de viento, se impuso ante ella una imponente presencia.

–¿Quién es usted? –preguntó Abril, aún indignada.

–Soy Alejandra, líder del equipo. Somos de la urbe y nos encontramos en busca de las aguas de Urpiwasi.

–No tienen derecho a invadir nuestras tierras, este es nuestro hogar –exclamó la joven.

Abril aseguró las herramientas que llevaba en su mochila de excursión a la vez que emitió señales ininteligibles para sus oponentes, pero que los jaguares captaban con gran rapidez y, ante ello, se disponían a desactivar los equipos con los que los invasores extraían el agua. Estos últimos, paralizados por un instante ante los movimientos impredecibles de las fieras, se miraron unos a otros, como si no supieran qué hacer.

Alejandra, al ser testigo del desconcierto de su equipo, se dirigió a Abril:

–La vida, aquí y en la urbe, alberga momentos de dolor y muchos otros de inmensa alegría –dijo–. Quienes somos de la urbe también esperamos con ansias, cada día, la llegada del amanecer, porque nos confirma una vez más que podemos gozar de nuevas experiencias al lado de nuestras familias y seres queridos. Pero ahora somos pocos quienes podemos disfrutar de una vida saludable debido a la sequía.

Abril quedó desconcertada al escuchar a Alejandra. Desde pequeña, había oído hablar de la ciudad. Era un lugar donde los eventos sucedían con más prisa y donde, aparentemente, no había carencia alguna. Es así que, al escuchar la actual situación de la urbe, le preguntó a Alejandra por la manera en la que se organizaban para beber al menos un poco de agua en medio de tal escasez.

Alejandra le explicó que, por las mañanas, aprovechaban el leve flujo de agua potable que corría por las tuberías para guardar lo suficiente y tener algo para beber durante el día. Si tenían suerte, lo recabado sería para toda la familia.

Cada vez era más común encontrar personas discutiendo e

incluso luchando a orillas de los ríos para obtener agua; ríos que, a su vez, se encontraban contaminados por innumerables desechos que las personas habían vertido durante décadas. Abril no salía de su asombro, pero logró procesar las palabras de Alejandra.

–No hubiera imaginado que la urbe atravesaba por un escenario tan diferente al de Urpiwasi –dijo–. Sin embargo, no tienen derecho a llevarse el agua de Killay a la ciudad, aquí también la necesitamos.

–No intentamos agotar el agua en Urpiwasi. Hemos construido una planta procesadora en la ciudad y lo que haremos es trasladar el agua de Killay en reservorios para procesarla y tornarla abundante al hacer uso de este compuesto.

En este momento, Alejandra apretó con fuerza el pequeño frasco, lo colocó entre los dedos de Abril y luego, prosiguió:

–De este modo, no solo ampliaremos el volumen del recurso, sino también les proporcionaremos grandes cantidades de agua, la cual vendrá en botellas y lista para consumirse.

–No queremos el agua dentro de pequeñas o grandes botellas, la necesitamos en Killay, es el hábitat de diversas especies de animales de río. Además, admiramos Killay por lo que es: un hermoso paisaje rodeado de vegetación que ofrece una brisa apacible cada vez que lo visitamos.

–Si dejamos correr el agua en Killay, no será suficiente para llenar el procesador y no cubriremos la demanda de la urbe ni la de Urpiwasi en su totalidad. En cambio, mientras más agua procesemos, mayor será el volumen de la misma y tanto ustedes como nosotros podremos consumir con holgura. No los perjudicaremos ni los dejaremos sin este recurso.

Al decir esas palabras, Alejandra respiró suavemente, se tomó unos segundos y dijo:

–Abril, si este trato no te parece suficiente, quisiera mencionarte que la urbe no es solo un lugar con escasez y penurias. Allí también contamos con grandes avances tecnológicos en diversos ámbitos. Entre ellos, el de la medicina.

–¿A qué te refieres?

–No queremos que sufras lo mismo que le sucedió a tu madre. Por eso, te proponemos que, si nos permites llevar y procesar las aguas de Killay, puedas venir con nosotros a la ciudad y conocer si en el futuro tendrás dificultades para recordar tus

vivencias. Contamos con la tecnología para eso. Asimismo, de identificarse alguna anormalidad, podrás someterte a un tratamiento para mitigar casi por completo la posibilidad de que llegues a olvidar. No queremos que borres los recuerdos de tu madre.

En ese instante, en medio de su sorpresa y antes de que pudiera preguntar cómo Alejandra sabía lo de su madre, Abril escuchó una voz cantora que se alejaba poco a poco entre los matorrales y fue allí que comprendió que aquella voz era una de las aliadas de Alejandra.

Por un momento, Abril tuvo mayor claridad en su mente, pero al recordar las palabras de la líder de la urbe, se sintió fuera de sí. Las fieras, también con expresión de desconcierto, emitían señales a la joven para que les mostrara por dónde avanzar, pero ella se encontraba contemplando fijamente el lago Killay, como si estuviese en un universo alterno.

Al ver el agua correr, imaginó lo que sería el reflejo de su madre con aquellos rizos que se dibujaban tersos entre las ondas del lago. Recordó los maravillosos momentos que había pasado con ella durante su niñez, pero empezó a rememorar también la manera en que su madre, aún muy joven, olvidaba ciertos eventos; en principio, los ordinarios; luego, aquellos que parecían imborrables.

A Abril le invadió una inquietante tristeza que la forzaba a no dejar de pensar en lo que había mencionado Alejandra. No quería olvidar a su madre. Miraba a su alrededor y pensaba, por un lado, en Killay, por quien clamaba que detuvieran la extracción del agua. Por otro lado, observaba a Alejandra, quien autorizaba al equipo uniformado para continuar con la misión. En ese instante, también evocaba a su madre y sus intentos fallidos por recordar sus vivencias de juventud, así como la frustración que eso provocaba. Frustración que derivó irreparablemente en su partida.

Abril buscaba con la mirada una señal que le permitiera vislumbrar con claridad si detener o no la extracción del agua de Killay, si someter o no a su memoria a dicho examen, y si hacer frente o no a los llamados de ayuda del lago. Pero ninguna señal se encontraba en el radar. Dirigió su mirada una vez más al lago, cada vez con menos agua y cayó en la cuenta que este albergaba ahora menos peces. Se encontraban, además, bajo

el dominio de espesas nubes negras que ennegrecían todo lo que se encontraba a su paso. Y la vegetación, en su mayoría, había sucumbido pese a los intentos de sobreponerse al desborde.

Al ser testigo del desolador panorama, los caóticos pensamientos de la joven se desenredaron y sabía qué decisión debía tomar.

–Nunca querría dejar de recordar a mi madre, ni tampoco aquellas vivencias que significan mucho para mí. Pero drenar a Killay sería el recuerdo más doloroso que existiría en mi memoria. Significaría la destrucción de numerosas especies de animales que consideran a este lago su hogar y, además, dejaría de crecer aquella vegetación que tanto aire puro nos permite respirar.

–¿Pero no deseas conocer si en el futuro tu memoria sufrirá complicaciones para recordar?

–Por ahora prefiero no saber cuál será el destino de mi memoria. Prefiero no angustiarme antes de tiempo y, más bien, disfrutar del presente y recordar hasta donde se me permita.

En ese instante, decenas de jaguares avanzaban en conjunto en dirección al equipo de la urbe hasta que se apoderaron de sus armas y, de una en una, las enterraron en el fondo de los matorrales. La líder de la urbe cayó en la cuenta de que se quedaba sin las herramientas para defender su estadía en Urpiwasi y dirigió sus pasos hacia la salida de la comunidad. El equipo, al verse sin respaldo, se retiró cabizbajo detrás de Alejandra, con una vaga esperanza de que en un futuro pudieran regresar.

No obstante, Abril indicó a los jaguares que detuvieran su avance. Y, de igual manera, frenó la retirada de Alejandra y de su equipo.

–Nunca he ido a la urbe y las ideas que tenía sobre ese sitio no eran del todo ciertas. No permitiré que las personas que viven allí sufran por la escasez de agua, ni mucho menos que entren en disputa para conseguir este recurso. Les brindaremos cierta cantidad del agua de Killay, a través de acueductos que garanticen su extracción sostenible. De este modo, no se utilizará más de lo que la Naturaleza misma puede generar y la urbe contará con un moderado incremento de agua sin abolir

uno de los ecosistemas más apreciados en Urpiwasi.

Pese a que no comprendía del todo el significado de Killay para las personas de Urpiwasi, Alejandra comprendía el valor que le atribuían. Es así que aceptó la propuesta de Abril y dirigió a su equipo para que se retiraran temporalmente del lugar mientras instalaban los acueductos.

Las nubes más oscuras se disipaban y daban paso a reverberantes rayos de sol que alentaban el regreso de peces y aves. Así también, las noticias del fin del desborde comenzaban a llegar a los oídos de la comunidad, quienes empezaban a retornar a los alrededores del lago. Sin embargo, Abril aún guardaba cierta indecisión, que si bien no se imponía ante su postura de preservar Killay, todavía la invadía por momentos, en especial al evocar los juegos y conversaciones que tenía con su madre.

“¡Cómo desearía que estuviera aquí conmigo! ¡Que pudiera evocar todo lo que algún día vivimos!”, se repetía a sí misma a orillas de Killay. Tan fuerte eran sus ansias por el retorno de su madre que, por un instante, al voltear al lago, logró divisar su reflejo en las ahora más cristalinas aguas. La presencia le transmitió a Abril una sensación de calma inigualable que invadió todo su ser. Ahora lograba apaciguar los pensamientos que aún cuestionaban su decisión de evitar conocer el destino de su memoria.

Abril cayó en la cuenta de que siempre llevaría consigo el recuerdo imborrable de su madre. También había reafirmado el valor de mantener vivo el lago en el que ambas construyeron un hogar que sería para siempre una fuente de vida para la comunidad.



El dinero es un pésimo maestro, pero somos buenos siervos

Carla Rojas

La brillante e inflexible figura del ser humano se alza entre rascacielos grises.

Contando con una máquina sus billetes generados con los cuerpos de sus esclavos, usa los materiales robados de su tierra y la cimenta sobre la labor de sus subordinados.

¡Uf! ¡Hace más calor...!
Llegamos a 4°C.
¡Nos sofocamos!

El ser humano se encuentra desnudo, arrodillado bajo una solitaria hoja de Bilbao sin tallo ni raíz. Sigue contando sus billetes a mano.

¡Zas! ¡Viene el agua...!
¡¿Se ahoga?!
¡¿El ser humano ya no está?!

Suave como una flor, cae un billete de dólar sobre el brillante océano.

Terranova

Sebastián Castro

Es un día cálido el de hoy, como cada día desde mi nacimiento. En unos momentos me encontraré con Roselia para visitar la ciudadela que descubrieron y que ahora está abierta al público.

Tengo mucha de curiosidad porque jamás he visto algo así.

Realmente quiero saber cómo era aquella civilización, qué es lo que hacían antes de lo que pasó. “Termina de desayunar, ¿en qué estás pensando?”, dice madre. Solo termino de comer los *fungus* de Vitale y me despido de “Gran padre”, quien cumplió hace un mes diecisiete años. Me preocupa que en algún momento se vaya.

Tomo el gyrocóptero para subir a la casa de Roselia. No la veo desde que culminaron las clases de biodiversidad marina. El mar es hermoso y juntos nos uniremos a la “Unión Oceánica” y lograremos recuperarlo. Mientras subo, me percató que cada vez hay más niños en las casas. Eso es algo bueno.

Al arribar, Roselia me saluda de manera eufórica. Está tan hermosa como la primera vez que la vi. “¿Estás listo?”, me pregunta. “¡Claro!”, respondo entusiasmado. “Pues andando”, dice. Vamos hasta donde están los trenes de aire. Al subir, veo que hay guardias. No recuerdo haber visto a muchos anteriormente.

Cuando entramos a nuestro vagón, un hombre con ropa sucia sale del vagón de al lado. El sujeto tiene la barba larga y para

nada impecable. Anda cabizbajo y luego, balbucea: “¡Este es nuestro milagro!”. Acto seguido, golpea a uno de los guardias y empieza a correr. Los demás estamos consternados. El hombre no luce saludable.

Roselia toma mi mano muy fuerte y el hombre grita: “¡Vean la verdad de este mundo, es una maldita farsa!”. Es entonces que uno de los guardias se acerca sigiloso y lo electrocuta. De este modo, el sujeto es reducido.

Lo olvido por completo, yo tampoco soy de este lugar. “¿En qué piensas?”, pregunta Roselia mientras toma mi mano. Me quedo callado. Me abraza. Todo es tan raro, no entiendo lo que pasa, pero el abrazo de la mujer de la que estoy perdidamente enamorado me calma.

Luego, la voz del maquinista trona por los altavoces: “Hoy es un gran día para la humanidad, seremos el primer grupo *sapiens* que llegará a la ciudad destruida, recientemente hallada. Obedezcan a los encargados todo el tiempo y no olviden aprender mucho y cuidar su planeta.”

Me siento entusiasmado por no salir jamás de aquí. Esto se me hace familiar. ¿Entonces quién era ese hombre si viene de afuera? ¿Habrá personas allá?

La voz del maquinista dice: “Despegamos en 3, 2, 1.”



¿Puedo llevarme esta rana? Y otras preguntas tontas que hice en la selva

María Fernanda Méndez

Me estreno en la selva con un pie sobre la hierba caliente y un guía de turismo sexual me dice: «Aquí yo puedo cumplirte cualquier fantasía». Acaricia mi hombro con el dorso de su mano. Le miro directo a los ojos y respondo: «Mi fantasía es encontrar una especie de bicho nunca antes vista y nombrarla como yo quiera». El desaire aniquila la atmósfera de su oficio, pero él insiste en darme su número y me desea suerte en el tour por el bosque.

Llegué a Tarapoto para embarcarme en la excursión nocturna del Centro Urku, una asociación de estudios amazónicos que, de acuerdo con su [web](#), está «Dedicada a la conservación, la educación ambiental y a rescatar animales del comercio ilegal de vida silvestre». Una gran labor, sin duda, pero confieso que es ese rótulo, “vida silvestre”, el gran estímulo que activa frenéticamente mi zona cerebral de “Debo tenerlo”. Eso que experimentan los cibernautas al ver fotos de cachorros y gatos bebé ocurre en mi psiquis al ver escarabajos, ranas o mamíferos salvajes en su hábitat natural.

El cronista de viajes Gabi Martínez relata en su libro *Animales invisibles* que el deseo de observar animales libres es común entre humanos que viven en ciudades. Es como si no supiéramos que la vida puede existir fuera de las rejas y quizá lo que nos deslumbra no es la libertad de las bestias,

sino que no haya aparecido nadie antes para arrebatárselas. En cualquier caso, Martínez explica sobre este deseo que «los científicos lo asocian a una memoria genética empeñada en recordarnos que hubo un tiempo en el que nuestra especie también vivió así». En mi caso es posible, y ese tiempo no fue hace mucho, porque viajé a Tarapoto desde Lima a casi un año de decretarse la pandemia por coronavirus en Perú, y por eso apuesto también por el anhelo, por un deseo profundo de canjear un poco de ese encierro urbano por la libertad animalesca.

Lo cierto es que no sé nada de bichos más que unos cuantos nombres científicos que no me sirven ni para presumir y, en consecuencia, todos me parecen siempre nuevos, siempre al borde de ser descubiertos. El Centro Urku me prometía dos horas de toda esa novedad, dos horas de caminata y avistamiento de vida silvestre en el Área de Protección Ambiental Microcuenca Shilcayo, una zona que sirve de transición entre el bosque húmedo y el bosque seco tropical y que se ubica entre la ciudad de Tarapoto y el Área de conservación Cordillera Escalera. Son treinta y cuatro kilómetros cuadrados donde las bestias pueden ser bestias y no mascotas, donde las plantas pueden ser plantas y no adornos del hogar.

Y en la entrada está el Centro Urku.

Ahí me esperaba, a las siete de la noche, Sandro, mi guía en esta pequeña intromisión a la Naturaleza. Pude tomar un mototaxi y llegar en diez minutos desde mi hotelito ubicado en La Banda de Shilcayo, pero preferí caminar por cuarenta minutos desde el suelo pavimentado hasta el lugar donde la hierba marca la ruta. Eso es lo que más encanta a los viajeros: la cercanía de la ciudad con el bosque.

Salí, entonces, dispuesta a cumplir mis fantasías hasta cruzar un letrero azul que, junto con otras disposiciones de convivencia con la Naturaleza, mostraba: «Centro Urku - 1.3 km». Había atravesado callecitas deshabitadas, hoteles de nombre sugerente («Por ahí no») y otros elementos que marqué en la lista de «Cosas por ver en Tarapoto». Una viejita en moto: check. Hormigas del tamaño de una falange de mi dedo índice: check. Niños jugando fútbol con un coco: check. Mototaxistas que han entrenado sus gargantas para gritar lo que ninguna mujer quiere oír: lamentablemente, check.

Una vez sorteado el terreno *homo sapiens*, las plantas y faunos empezaron a hablarme. Primero con calma, como un arrullo; luego con entusiasmo, como un coro; y luego con furia, como las trompetas del apocalipsis, porque mientras uno se adentra en el bosque, se adentra también en las vísceras de las bestias, en sus gargantas, en sus ojos, en su celo y su hambre. Mientras que las siete de la noche en Lima equivale al bullicio de bocinas en la Javier Prado, las siete de la noche en el bosque es el crujir persistente de las ramas y el desahogo violento del río. Y además tu propia respiración. Y tus pensamientos. Y si ca-

minas de noche y sola, como yo, sentirás de pronto haber obtenido el rol protagónico en una película de terror. Por suerte me encantan las películas de terror. De ellas he aprendido que cuando los sonidos familiares se disipan, tienes dos opciones: alerta a tus pies a correr o entrégate a la incertidumbre como si fuera tu hogar.

La selva ya me había visitado antes. De niña tuve de mascota una ranita amarilla de tres rayas, una *Ameerega trivittata*, que mi mamá trajo a modo de souvenir de un viaje que hizo, también, a Tarapoto. Era una cortina de humo para distraerme de la pérdida de mi perra, que hacía un par de semanas había escapado de casa sin siquiera mover la cola. A mis diez años, estaba destruida. Pero el objetivo de la rana, a quien llamé Tarapotiña, empezó a hacer efecto. Me dediqué a observarla y mimarla y a construirle juguetes innecesarios con palitos de chupete y cartulinas escolares. Su casa en las entrañas de una catarata fue reemplazada por una pecera de vidrio del tamaño de una caja de zapatos. Y las palmeras y la vegetación viva se convirtieron en trocitos de pasto arrancado del parque.

Entonces no pensaba en eso, creo que no pensaba en nada. Lo importante era entretenerse. Y fue mi propia mamá quien, con el paso de los días, me implantó esas ideas. Cuando contaba sobre su viaje, decía algo como «Y las cascadas eran hermosas y el clima es hermoso y todo es hermoso», y volteaba la mirada y ahí estaba Tarapotiña, encerrada, testigo y viuda de toda esa hermosura. Entonces un día dijo: «Volveré a Tarapoto en un par de meses y la regresaré a su hogar». Pasado ese tiempo tuve dos noticias. La buena es que mi

perra apareció sana y salva; la mala, que Tarapotiña murió sin verse cumplida la promesa.

Todo esto se lo contaré más adelante a Sandro y él me explicará que es bastante común que las personas lleven animales pequeños en sus bolsos o, como hizo mi mamá, en un táper lleno de plantitas. ¿Y cómo los pasan en el aeropuerto?, preguntó. La respuesta es que solo pasan y ya. La norma dice que «Cualquier persona a la que se descubra con especies incluidas en la [Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres](#) (CITES, por sus siglas en inglés) puede ser enviada a la cárcel». Perú es parte de este convenio desde 1975 e incluye en la lista a 496 especies, entre terrestres y acuáticas —ranas como Tarapotiña incluidas—, pero, a pesar de eso, la captura y traslado de animales silvestres, sea como mascotas, con motivos medicinales, religiosos u otros, ocurren con frecuencia. En Perú, 250 especies de fauna silvestre son amenazadas por el tráfico ilegal. Por supuesto, una cosa es que una madre le lleve una rana a su hija triste y otra es que una organización criminal capture decenas de guacamayos, taricayas o monos tití para comercializarlos en el extranjero por montones de dólares a cambio.

Por fin llego a Urku. Me recibe el letrero de bienvenida y un saltamontes impasible que me mira con sabiduría. O significa suerte o significa plaga y decido escoger lo primero. En la caseta de atención, las luces están apagadas y tengo que gritar «¡Hola!, ¡hola!» para saber si alguien viene a mi rescate. Y así es. Entonces aparece

Sandro. Es joven y tiene pinta de poeta. Tiene el brazo derecho tatuado y una voz que invita al sosiego. Me entrega un par de botas, una linterna tipo vincha y una sola condición: no usar repelente para no afectar a los bichos.

Empezamos a internarnos en la zona del bosque que es propiedad de Urku, unas siete hectáreas de toda el área de conservación. Me cuenta más sobre los animales rescatados del centro, a quienes ya visité por la mañana. Tienen un ocelote, un venado, un tucán y otras maravillas del cosmos. No les ponen nombres para evitar humanizarlos, excepto a algunos con los que ha sido imposible no encariñarse de más, como Precioso, un tapir que llegó en 2004, cuando era casi un bebé. Está en un ambiente cercado por mallas como todos los demás, pero los cuidadores evitan usar la palabra “jaula” y siempre recalcan que Urku no es un zoológico. Si estos animales están aquí es para rehabilitarlos e integrarlos de nuevo a su hábitat. Sin embargo, muchos de ellos, como Precioso, han pasado aquí tantos años que ya no podrían sobrevivir sin sus cuidadores. Pese a eso, Urku lleva en la cuenta monos que antes fueron mascotas descartadas, tortugas víctimas de tráfico ilícito y otras criaturas que, en total, suman quinientas especies rehabilitadas. No todas van directo al bosque, porque eso sería dejarlas morir, sino a otras áreas de conservación o santuarios mejor adaptados a sus necesidades.

Ahora no vemos animales entre rejas. Ahora caminamos por su verdadero hogar y bajo sus propias reglas. Cantan las ranas desde lugares que mis ojos no alcanzan y se escabullen sigilosos los grillos y las cu-

carachas. Si agudizas la mirada, reconocerás a un pequeño lagarto en lo alto de una rama, y más allá, a una tarántula en posición de defensa. Para Sandro debe ser una noche más de trabajo, para mí es la causa de que ya me haya imaginado viviendo acá: «¿Y si me mudo?» Yo no sé si quien lea esto comprenda la admiración que intento describir, por eso solo se me ocurre citar a Virginia Woolf. Ella dijo: «Nuestros refugios frente al mundo; libros, el mar y la soledad». A esa lista yo agregaría a los animales. No: al bosque entero.

Sandro dice que ranas son lo que más veremos en todo el camino y, en efecto, no termina de decir la frase completa cuando notamos que la luz de la linterna apunta directamente a una rama de bambú en la que descansa tranquila una ranita del género *Pristimantis*. Tiene los ojos muy redondos y negros, y en la comisura del saco vocal se forma una delgada línea que parece dibujar una sonrisa. Sandro intenta tomarla por sorpresa, pero ella salta hacia otra rama, y luego a otra, y en el ajetreo resulta lo suficientemente confundida. Esta vez sí se deja tomar por la mano humana que ahora la alza como un trofeo diminuto para que pueda verla de cerca y asombrarme bajo mis condiciones. En un arrebato de inconsciencia, digo: «Qué linda es, ¿puedo llevármela?» (Silencio absoluto).

Por fortuna, mi cerebro reacciona de inmediato a mi estupidez. Me disculpo y yo sola me respondo: «Claro que no». Pero la pregunta ya se hizo y lo repentino y espontáneo de ella me confrontan con lo peligroso del asunto. Ya lo dicen siempre las abuelas: hay que pensar antes de hablar. Pero más aún, ¿no sería mejor ni siquiera

pensarlo? ¿Por qué, a pesar de proclamar yo misma cientos de veces el cántico de que los animales silvestres no son mascotas, y no solo repetirlo, sino entenderlo y protegerlo, por qué a pesar de eso, mi primera reacción ante la belleza del animalito ha sido querer poseerlo? ¿Acaso querer poseer lo que nos gusta, esa pulsión tan primitiva, no se puede extirpar de los deseos más profundos de un homo sapiens?

Una pregunta más: ¿Por qué insistimos en tocar a la fauna silvestre? No dudo del respeto y la sensibilidad hacia el bosque por parte de Sandro. Pienso, más bien, que los turistas embobados nos creemos con el derecho de exigirles a los guías este tipo de experiencias, y vale más una foto con la rana o con el mono, o con la Mantis religiosa, que ponerse a practicar un verdadero turismo ético.

No es sólo asunto mío, parece haber una razón psicológica detrás. En un artículo del *Condé Nast Traveler* [1], Ali Wunderman cita a la psicóloga Emili Perrine cuando afirma que, aunque estas conductas no tienen una intención maliciosa, evidencian la objetivación y humanización hacia los animales. Al referirse a la gente que insiste en acariciar a los bisontes en el Parque Nacional de Yellowstone, la psicóloga dice: «Los bisontes no necesariamente corren cuando ven que una persona se acerca. Y nosotros lo interpretamos como que están siendo amables y quieren que los toquemos. Pero tenemos que entender que las señales del comportamiento humano no rigen igual para el reino animal».

Luego de todo esto hice una promesa: en compensación por dejarme invadirlas, no me quejaré cuando, en el futuro, una rana

gigante entre de noche en mi casa, me saque de la cama y se tome una selfie conmigo. Siempre y cuando luego me permita seguir durmiendo.

El recorrido continúa maravillándome y sigo molestando a Sandro con mis preguntas. Con él se puede jugar al *tutti frutti* de nombres científicos de animales y perder con orgullo. Orgullo porque existen estos lugares, porque existe tanta vida y personas como él que trabajan para cuidarlos. Por un momento se me ocurre que si apago la linterna, doy una vuelta y luego la enciendo, no sabría cómo regresar. Me perdería en la oscuridad y me acurrucaría con los sapos hasta el amanecer o seguiría caminando hasta que el río dejara de sonar. Luego pienso en ese aforismo de Julio Ramón Ribeyro sobre el asombro y seguramente lo haría. Sí, seguro que apagaría la linterna y daría una vuelta.

«El gran error de la naturaleza humana es adaptarse. La verdadera felicidad está construida por un perpetuo estado de iniciación, de entusiasmo constante».

–Julio Ramón Ribeyro

Referencias

[1] Wunderman, A. (2019). “Why People Keep Trying to Pet Animals at National Parks”. En: Condé Nast Traveler [página web]. Recuperado de: <https://www.cntraveler.com/story/why-do-people-keep-touching-animals-in-the-wild>

Las abejas y yo

Isabel Hoyos

Esta es mi historia de amistad y conexión con las abejas, esos pequeños seres con delicadas alitas, intenso amarillo y negro en el abdomen; de brillantes ojos negros, curiosas y frágiles antenas.

Cuando era niña, leí en un libro que una paloma salvó a una abeja que se ahogaba. En ese entonces, al jugar en la calle, encontré una abeja en un charco de agua y con un palito la saqué y la conduje hacia una flor de dalia que estaba repleta de polen, así como de hermosos pétalos dorados. Me quedé mirando y tocando a la abeja hasta que, de pronto, me clavó su aguijón. Sentí dolor y enfado por un instante y decidí que jamás volvería a tocar, ni siquiera ayudar, a las abejas.

Las miraba de lejos, ajenas a lo que representaban, hacían y significaban para la humanidad y el planeta. Hace tres años, mi gran amigo Jesús, quien ya era amigo de las abejas, me mostró una imagen en la que posaba con una en las manos. Al ver esa foto, dije: “¡Es una locura, las abejas pican, jamás haré algo así!”. Sin embargo, días después, al regar el jardín, vi nuevamente a una abeja ahogándose entre unas hojas. Solo tuve unos segundos para tomar una decisión. Uno: mirar hacia otro lado e ignorarla. Dos: intentar ayudarla. Elegí la segunda opción y allí estaba, sosteniendo una hoja y sacando a la abeja del charco. La dejé en el suelo y fui por un poquito de miel. Usé un palito de fósforo para acer-

carle un poco de la sustancia.

Mi sorpresa fue enorme al verificar el modo en el que el insecto sacaba su lengua y comenzaba a succionar la miel. La observaba atenta, maravillada. Cuando terminó de comer, caminó lenta sobre el palito y subió a mi mano. En ese instante, sentí todo en mi cuerpo, hasta los latidos de mi corazón. Estuve quieta, paralizada por el miedo y pensé: “Ahora es cuando me clava su aguijón”.

Pero la abeja siguió caminando. Llegó hasta el centro de mi palma y empezó a limpiar sus brillantes ojos negros. Usaba sus delgadas patas para retirar el agua. Limpió sus antenas, luego las alas y yo apenas respiraba con los pensamientos que se sucedían en mi cabeza: “Pican, ten cuidado, aléjate”. Aunque esta experiencia fue completamente distinta. La abeja terminó de secarse, sacudió sus alas y se mantuvo quieta durante unos diez minutos. Me limité a contemplarla y rogaba en silencio que no me picara. Mis miedos comenzaron a desvanecerse y nuevas ideas surgían: “¿Y si tal vez había aprendido mediante condicionamiento a ver y percibir a las abejas como seres que atacan e infligen dolor?”

La abeja comenzó a moverse y, como si despertara de un sueño, estiró sus patitas y las frotó unas contra otras. Volvió a limpiarse suavemente las antenas, los ojos y las alas. Instantes después, emprendió el

vuelo. Me quedé boquiabierta. Había pasado veinte minutos con una abeja en las manos y no me había lastimado. Es entonces que entendí que mucha de las cosas que damos por ciertas las aprendemos desde muy pequeños, pero ya de adultos, nos detenemos a analizarlas.

Muchas veces, al caminar, encontraba abejas, muchas abejas. Estaba segura de que en distintos momentos hubo abejas en mi camino, pero nunca reparé en ellas. Me detenía, colocaba mi mano cerca y esperaba a que subieran. La idea principal era alejarlas del suelo y colocarlas sobre una flor, en un sitio seguro. Ya era triste verlas aplastadas por doquier. Los humanos nos creemos superiores. Pisamos, seguimos de largo, no observamos, no nos fijamos, no revisamos, no tenemos compasión con estos diminutos seres.

Ya perdí la cuenta del número de abejas que subieron a mis manos. Con el tiempo aprendí a portar un pequeño frasco de miel en el bolsillo para ofrecerles alimento. A veces comen como si se les fuera la vida en ello. En otros momentos, solo se limitan a limpiarse todo el cuerpo y emprenden el vuelo. Por este motivo, mis amigos de la universidad se sorprendían al verme recoger y alimentar a las abejas, aunque luego me avisaban: “Hay una abeja en las escaleras. Con no pisarla, ya tienes bastante”. Incluso acotaban: “Por tu culpa, ahora si veo una abeja en el suelo, paso con cuidado para no aplastarla. No sabemos cómo lo haces, pero en cada exposición o cada vez que tienes la oportunidad para hablar en clase, no importa el curso, hablas sobre las abejas y nos pides que reparemos en ellas y les sembramos flores”.

Admito que así era. Entre más personas supiéramos de las abejas, podríamos ayudarlas.

Una de mis frases favoritas del psicólogo Carl Jung es la siguiente: *Los niños son educados por lo que hace el grande y no por lo que dice*. Esto lo he comprobado en varias ocasiones. Una de ellas fue con Lucas, un niño al que conozco desde que era apenas un bebé. Cuando tenía cuatro años, lo veía tres veces por semana. Su madre y yo teníamos prácticas desde muy temprano y nos encontrábamos en el parque antes de marcar asistencia en la municipalidad. El pequeño solía observarme mientras recogía abejas del suelo. Debido a eso, decía: “Ten cuidado, Isa, te van a picar”. A esto respondía: “Tranquilo, solo la estoy ayudando. Si la dejo allí, la pueden pisar y morirá; además, la abejita es mi amiga, no me lastimará”. Progresivamente, la idea que este pequeño tenía sobre las abejas cambió. Incluso una noche lo encontré en el parque con su madre y llevaba un gran pote de miel bajo el brazo. Luego de saludarme, exclamó: “Mira, Isa, llevo miel para las abejitas, así podrán comer y volar”.

Aquello fue tan emocionante que estuve a punto de llorar. Cuando abracé al niño, le dije: “Gracias por ayudarme, ahora tú también eres su amigo”.

Es increíble ver a las abejas posar en las flores, revolotear y andar de forma delicada. Cuando se mueven, generan una lluvia casi imperceptible con las partículas de polen y usan su larga lengua para succionar el néctar. Al pasar de flor en flor, recolectan el polen en sus escopas, que son unas estructuras en sus patas. Al momento que las escopas están llenas, se pueden

vislumbrar unas pelotitas amarillas, también provistas de setas, que son unos pelitos que cubren la cabeza, el abdomen y el tórax del animal. A estas estructuras se adhieren las partículas de polen y resulta especial verlas cubiertas con estos granitos. De este modo, al llevar el polen entre las flores en un proceso denominado “polinización”, se crean, por ejemplo, desde los limones más jugosos hasta las fresas más dulces.

¿Acaso pensamos en su valiosa función? ¿Nos tomamos unos minutos para contemplarlas y considerar el modo en que podemos ayudarlas? Los expertos coinciden que la mayor amenaza a la que se enfrentan las abejas es la pérdida de su hábitat natural debido al cambio climático y las malas prácticas agrícolas. A su vez, el crecimiento urbano no planificado y la reducción de los espacios forestales permiten que cada vez haya menos flores. Sin flores, las abejas se quedan sin alimento. Si bien vivimos en vastos espacios de concreto, podemos encontrar lugares para cultivar una flor. Basta una por persona para que las abejas tengan alimento y no caigan sin fuerzas ante el arrollador despliegue de lo humano, quienes, desafortunadamente, andamos ensimismados en nuestros asuntos.

En Perú, la cantidad de sustancias químicas para lograr un buen desempeño de la cosecha resulta increíble, pero desconocemos a instituciones como el Instituto Nacional de Innovación Agraria (INIA), que desarrolla programas con insectos biocontroladores, los cuales logran controlar plagas con otros insectos. Esto puede resultar extraño. Sin embargo, al

practicar lo anterior, el ecosistema no se vería afectado por las sustancias que no discriminan entre insectos perjudiciales y benéficos, ya que los eliminan a todos por igual. Una vez pasé cerca de un terreno de cultivo que acababa de ser fumigado. El hedor era espantoso, desagradable. Aunque el terror fue ver a muchas abejas caer sin fuerzas. Quise ayudarlas, alejarlas del lugar y colocarlas en un sitio a salvo. En ese esfuerzo, las abejas ya habían muerto en mis manos.

Todos somos parte de lo mismo. Lo que afecta a unos, afecta a otros. ¿Esperaremos, entonces, a que más seres se extingan para darnos cuenta de que debemos actuar? Esta es una reflexión sobre esta conexión tan especial. Por ello, antes de matar a una abeja al pisarla sin piedad, recuerda la increíble tarea que este bichito realiza durante toda su existencia, como proveernos de alimentos nutritivos, deliciosos; como ser agentes polinizadores en nuestro mundo; como preservar los ecosistemas y generar semillas; como asegurar que, cuando las plantas fallezcan al cumplir su ciclo vital, exista la posibilidad de volver a sembrarlas. Si piensas en esto, si te tomas el tiempo para examinar e investigar el rol de las abejas en el mundo, seremos más amigos y protectores de estas y todos los seres no humanos que nos acompañan.

Y así doy por cumplida mi labor.

El problema de ser el problema

Fabián Calla

Instalamos molinos eólicos, ¿ahora qué? Si Don Quijote estuviera vivo, si es que alguna vez murió, con toda seguridad pensaría que estamos locos. La peor locura es la tranquilidad vestida de paz con la que bailamos a diario, o como diría Flavia Broffoni: *Vivir con la injusticia que se sepa y que no se haga nada*. Este no es un llamado a la desesperación y la ansiedad, es quizás un breve suspiro frente a lo engañosa que puede ser nuestra pareja de baile.

Aunque algunos preferiríamos bailar en pareja, la música que marca el ritmo de nuestras acciones nos invita, realmente, a bailar de a uno. Los tres cuartos del vals se llenan con una armoniosa –más bien mediática– melodía que reza “El cambio está en uno mismo”, “Consume responsablemente”, “Apaga tu luz en *la Hora del Planeta*”. De alguna manera, sosegado y aturdido por el vals mediático, llego a la conclusión que, gracias a la casaca que compré anoche, un pingüino de Magallanes terminó empetrolado.

De esta forma, la responsabilidad se socializa, casi se diluye y se encarna en una sola persona: yo. Un consumidor cuyo aletear de su tarjeta de crédito puede provocar un derrame de petróleo al otro lado del mundo.

Una vez que se individualiza la culpa, es más sencillo crear un discurso en el que tengan sentido las soluciones individuales. Entonces, dejamos de pedir cañitas para nuestro jugo en envase de plástico porque el cambio –nótese el sarcasmo– es solo una cuestión de actitud.

En este punto no debería sorprendernos que el sistema que nos dice que el pobre es pobre porque quiere le otorgue a cualquier contradicción de su visión del mundo una solución a partir de la actitud de la persona, muy a pesar que, al margen de nuestra conciencia, actitud y

valores, cada vez haya más hielo en nuestros refrigeradores Samsung™ que en el Ártico.

La falsa conciencia antrópica es un tema que Daniel Tanuro se molestó en desarrollar. Quizá no tendríamos que usar tantas letras para explicar esta problemática, pero luego recuerdo que, al inicio del aislamiento social, recorría en las pantallas de televisión una frase que nos hace repensar nuestro papel en el mundo: “El virus somos nosotros”.

Basta con pararse en el punto más alto del Perú y emplear la vista para notar que un “nosotros”, como tal, no existe. Por más que quisiéramos creer que el virus es el humano, no encontraremos mucho sentido en tratar de acusar a los Asháninka, los Shipibo-Konibo o los Awa-jún, de la depredación de grandes porciones de bosques en la Amazonía. Por mucho que nos esforcemos, no podríamos establecer una relación directa entre la erosión de la capa de ozono y las comunidades campesinas de la sierra peruana.

La vaguedad, a la vez que la intensidad y la insistencia con la que se socializan las culpas en el género humano, nos llevan a conclusiones alocadas, pero que se repiten tantas veces que se transforman en verdad. Así pues, resulta que el ser humano es egoísta por naturaleza. Está dispuesto a todo, con tal de saciar su interminable ambición. Se trata de una cuestión de actitud y valores naturales e intrínsecos de la especie. Nada tiene que ver el modo de producción capitalista y la lógica de acumulación de riquezas. De nuevo, nótese el sarcasmo.

Una vez que la culpa es nuestra, nos toca renegar del ser humano y aceptar que nuestra condición nos lleva a un inevitable final catastrófico, ya que no hay ser humano sin Naturaleza, pero, al mismo tiempo, creemos que necesitamos devastarla a favor del “desarrollo”. Es la única salida.

Es curioso que el peligro pueda estar donde menos se lo espere, tal vez en una frase para nada amenazante: “El cambio está en uno mismo”.

¿Es urgente viajar a Marte?

Judith Rojas

Explorar

La humanidad siempre ha estado interesada en saber lo que hay más allá de la Tierra. Un hecho que marcó la historia de la exploración espacial fue la llegada de dos astronautas a la Luna durante la misión Apolo 11, cuyo hito fue la chispa que dio vida a un nuevo sueño: ir a Marte.

Más adelante, en 2018, el lanzamiento del cohete *Falcon Heavy*, del proyecto de transporte espacial de la empresa *Space X*, concretó la posibilidad de los viajes al espacio de cualquier persona con los recursos para hacerlo. Por su parte, el cine y la literatura de ciencia ficción sobre extraterrestres, naves espaciales y seres con poderes, revelan maravillas del espacio exterior a través de imágenes computarizadas que simulan de modo increíble la realidad.

Es por ello que nuestra curiosidad no tiene límites y la necesidad de explorar el espacio continúa latente, tal igual como explorar el fondo de la Tierra. Estos misterios y enigmas despiertan la urgencia de descubrir e ir más allá de lo que se considera “normal” y, por consiguiente, controlar todo alrededor.

Marte

El planeta rojo, con abundante óxido de hierro (Fe_2O_3) que, con frecuencia, es arrastrado por las tormentas que ocurren

de manera constante. Un mundo que hasta el momento es considerado inhabitable por sus condiciones extremas. La radiación solar ultravioleta satura la superficie y permite que sea extremadamente seca, con una temperatura media diaria de 55 grados bajo cero debido a la lejanía del sol, la falta de efecto invernadero y la ausencia de océanos.

La atmósfera de este planeta está compuesta por 95% de dióxido de carbono (CO_2) y trazas de oxígeno molecular (O_2) de 0.16%, que es muy bajo a comparación del 21% de la Tierra. Si bien es cierto que en este planeta hay agua congelada en los casquetes polares, la cantidad necesaria para excavar los enormes canales y planicies de aluvión se encuentran muy lejos de la superficie (MDSCC, 2019; Jones, 2021).

Es por eso que el ser humano está hecho para vivir en la Tierra, aunque no en condiciones extremas. Viajar a Marte es potencialmente riesgoso, en especial por los rayos cósmicos, que son partículas que pueden atravesar el tejido humano, destruir el ADN y ocasionar mutaciones y cáncer.

La exploración espacial requiere de grandes fondos para cubrir los gastos de las misiones tripuladas aeroespaciales y sus pertinentes instrumentos tecnológicos. Los países potencia como Estados Unidos, China, Japón y otros miembros de la Unión Europea, priorizan las inversiones

en programas de investigación espacial con más de 100,000 millones de dólares, según estudios realizados por la plataforma FINECT (García, 2021).

La Tierra

Las grandes potencias se encuentran enfocadas en la competencia por la conquista del espacio, pero han dejado de lado la situación ambiental de la Tierra. Por ello, la ciencia ha establecido nueve límites planetarios y son los siguientes: (i) Clima del planeta, (ii) salud de los bosques, (iii) biodiversidad, (iv) calidad del suelo, (v) disponibilidad de agua dulce, (vi) protección de la capa de ozono, (vii) acidificación de océanos, (viii) contaminación del aire y, finalmente, (ix) la presencia de contaminantes como los aerosoles.

Los científicos del Instituto Potsdam de Investigación sobre Cambio Climático en Suecia, indican que se ha sobrepasado el umbral en cuatro de estos nueve límites que permiten la estabilidad del planeta. Estos son la pérdida de biodiversidad, el agotamiento de la disponibilidad del agua dulce, el exceso de flujo de nutrientes de nitrógeno y fósforo y el blanqueamiento de los arrecifes de coral (Issberner y Léna, 2018).

La temperatura global sigue en aumento pese a los esfuerzos de algunos países en las negociaciones climáticas y la vigencia del Acuerdo de París, cuyo propósito de mantener el calentamiento global por debajo de los 2°C no será posible (aparentemente), así como tampoco limitarlo a 1.5°C para el 2030, ya que no se actúa con la premura ni seriedad que requiere

la situación actual. Frente a ello, la activista ambiental Greta Thunberg, en 2020, manifestó que son “promesas vacías” con objetivos lejanos e hipotéticos, así como una constante negación ante las acciones inmediatas para enfrentar el cambio climático.

Con respecto a las concentraciones de CO₂ en la atmósfera de la Tierra, según el Instituto Potsdam, se ha superado los límites establecidos al alcanzarse una concentración de 415 ppm (partes por millón) de CO₂, y las estimaciones advierten que, de llegar a los 450 ppm, los daños serán irreversibles para la biósfera (PIK, 2019).

En cuanto a la biocapacidad de la Tierra, la organización Global Footprint Network (GFN) estableció el 29 de julio de 2021 como el “Día de Sobrecapacidad de la Tierra” (*Earth Overshoot Day*) para dicho año. Según los cálculos, ese día se excedió el consumo de los recursos y servicios ecológicos que el planeta es capaz de generar en un año y, a partir de esa fecha, se gastarían los recursos de las generaciones futuras.

El reto

No es un invento, es una realidad. Enfrentamos uno de los problemas ambientales más grandes. Es una situación, o serie de situaciones alarmantes, porque va de mal en peor y los fenómenos atmosféricos ocurren con mayor frecuencia: terremotos, inundaciones, tsunamis, ciclones, huracanes, tifones y sequías.

Los esfuerzos frente al cambio climático necesitan priorizarse a fin de garantizar una acción inmediata para mitigar

la crisis. Una de las mejores opciones es promover el desarrollo sostenible, pero hace falta el compromiso de la humanidad para lograr el cambio en el estilo de vida consumista por una más consciente. Por ejemplo, reemplazar el uso de combustibles fósiles por energías renovables, tanto en la industria como el transporte; migrar hacia una economía circular e implementar una educación ambiental integral en el sistema educativo.

Existe esta incontrolable ambición de la exploración espacial, aunque el reto, el verdadero reto, es anteponer la conservación de nuestro mundo, porque los recursos y servicios ecosistémicos de la Tierra no se hallarán en ningún otro planeta, por muy parecido que fuese. No se niega que la investigación y exploración espacial brinda beneficios y avances tecnológicos, pero no por ello se debe restar importancia, ni siquiera desplazar, los problemas más cercanos, más nuestros, como el calentamiento global y el destino de miles de millones de seres vivos, así como lo que nos ofrece este único punto azul en este lado de la galaxia.

Debemos recordar que la Tierra es nuestro hogar. Es único e irremplazable. Hay alternativas de solución para muchos problemas que generan la crisis ecológica. Podemos ser responsables a partir de nuestras decisiones individuales y colectivas. Los gobiernos deben mejorar el sistema educativo en la formación de los estudiantes. Los grandes conglomerados, empresas, compañías, necesitan controlar y mitigar sus impactos por medio de una gestión responsable, así como disponer de apoyo financiero para las causas ambien-

tales terrestres. En conclusión, debemos priorizar el cuidado de la Tierra. No existe el viaje a Marte. No es el planeta B.

Nuestra esperanza como la generación Z hacia un futuro sostenible todavía persiste.

Bibliografía

García, E. (2021). “La carrera espacial despega en los mercados financieros” [artículo web]. España: FINECT. Recuperado de: <https://www.finct.com/usuario/eduardogarcia/articulos/carrera-espacial-despega-mercados-financieros>

Global Footprint Network. (2021). “Día de la sobrecarga de la Tierra” [nota de prensa]. Recuperado de: <https://www.footprintnetwork.org/our-work/earth-overshoot-day/>

Jones, A. (2021). “El rover chino Zhurong consigue aterrizar en Marte” [artículo web]. En: *National Geographic* España. Recuperado de: <https://www.nationalgeographic.es/espacio/2021/05/el-rover-chino-zhurong-consigue-aterrizar-en-marte>

Issbender, L., Léna, P. (2018). “Anthropocene: the vital challenges of a scientific debate”. En: *The Unesco Courier*, nro. 2, abril-junio 2018, e-ISSN 2220-2315. Recuperado de: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000261900_spa

Postdam Institute for Climate Impact Research. (2019). “More CO₂ than ever before in 3 million years, shows unprecedented computer simulation” [nota de prensa]. Recuperado de: <https://www.pik-potsdam.de/en/news/latest-news/more-co2-than-ever-before-in-3-million-years-shows-unprecedented-computer-simulation>

MDSCC. (2019). “Con el misterio del metano de Marte sin resolver, Curiosity revela a los científicos otro nuevo: oxígeno”. Recuperado de: <https://go.nasa.gov/3HspoiG>



Ecohorror, tensión y crisis ecológica en *Distancia de Rescate*

Rodrigo Revilla



Distancia de rescate
Samanta Schweblin,
Literatura Random House
2014.
124 páginas.

Denomínenla ecohorror, thriller, una historia de terror con puro estilo latinoamericano, *nouvelle* o un cuento largo. Lo cierto es que *Distancia de rescate* exuda las fatalidades sutiles de una crisis inminente y que, remito a Amitav Ghosh, probablemente no sea trabajo de la literatura mencionarlas con nombre y apellido; quizás solo desplegarlas en una zona adecuada, en un momento preciso, para que atrapen a los personajes y los condicionen, los manipulen, les adviertan.

Puede que, y especulo, Samanta Schweblin no haya pensado al inicio mencionar al glifosato, que logra ser uno de los antagonistas, pero sí ha imaginado su esencia; lo coloca como una suerte de reliquia maldita que convierte al espacio natural en una prisión de la que no podemos escapar. Puede que las estadísticas sobre intoxicaciones y muertes por plaguicidas revelen solo fragmentos de una verdad que se traduce como una preocupación sobre el entorno, aunque no se debate más en las conferencias, juicios ni cortes supremas.

A lo mejor se menciona de paso en conferencias internacionales sobre el ambiente. Hablan sobre alteraciones de los ecosistemas, el Antropoceno, el sometimiento del mundo al dominio humano. Sin embargo, son cifras, datos, es la información circular y viciosa, la ciencia al desnudo que no termina de comprenderse a sí misma y no entrecruza la esfera social, ni aterriza en las personas comunes y corrientes que no tienen idea del peligro de estos eventos porque andamos con los ojos cerrados, miramos hacia otro lado, pensamos que no es importante o porque, parafraseo a David en la novela, *no prestamos atención a los detalles*.

Es entonces que un gran tema como la contaminación por agroquímicos y sus efectos en la Naturaleza y la humanidad se configura en la historia de dos madres y dos hijos que viven un terrible momento en el campo, ese territorio que deja de ser idílico para convertirse en el espacio de lo ominoso, lo sobrenatural y las vertiginosas decisiones frente a un ambiente que ataca, se revela y forma un apocalipsis general y personal. No hay mención a Monsanto, pero se siente. No hay mención de estadísticas de envenenamiento, pero fluctúan con el paso de la tensión entre las escenas, los elementos naturales y humanos, la narración con tono detectivesco y el repaso, una y otra vez, de ese detalle tanpreciado que solo un niño puede saber y compartir.

Por lo tanto, lo que caracteriza a la primera novela de Samanta Schweblin, publicada en 2014 y traducida al inglés en 2017 con el título *Fever Dream*, es esa desesperación que se torna en la peor pesa-

dilla de una persona: la muerte cercana, verdadera, estremecedora y de la que solo nos queda averiguar qué fue lo que se hizo mal, en qué momento tensamos el hilo que nos une con la Madre Naturaleza para que ella, en esta versión fantasmagórica y enfermiza, se apodere de todos los cuerpos y mentes hasta el instante final.

Es así que esta fábula recoge las más poderosas e inquietantes imágenes tejidas en una narración urgente, aterradora y sincera, sobre el destino de las vidas humanas y no humanas en plena crisis ecológica. Lo imaginamos, lo sentimos, lo vivimos, es una carrera contrarreloj que sugiere metáforas, monstruos y químicos en una ecoficción que muestra aquello que destruye al ambiente y comprueba el riesgo de una situación que continúa.

Con esto surge el aviso: abre los ojos, hay algo que cambia a nuestro alrededor, debemos darnos cuenta.

SOBRE LOS AUTORES

Alisson Aguilar Tello (Lima, Perú, 1997). Ingeniera Ambiental por la Universidad Científica del Sur (UCSUR). Se ha desempeñado como especialista en restauración de recursos naturales y legislación ambiental. Disfruta dibujar y pintar arte abstracto, así como realizar investigaciones en temas relacionados con la ecología urbana. Es fiel creyente en la redacción sobre temas ambientales ya que expanden la imaginación del escritor y lector en asuntos con los que no se encuentran correctamente vinculados y permite desarrollar interés y empatía con uno de los problemas relevantes en la actualidad. Considera que el don que poseen las personas para contar historias es una herramienta fundamental para mejorar el mundo y crear conciencia del valor de todo lo que nos rodea.

Claudia Daniela Alama Torres (Lima, Perú, 2000). Estudiante de Psicología, con interés en investigación sobre aprendizaje y motivación. Disfruta de la escritura de cuentos y novelas cortas.

Marita Calderón Torres (Lima, Perú, 1981). Estudió Filosofía y Comunicaciones. Comunicadora orientada al cambio social y trabaja en un movimiento global de derechos humanos. Ha facilitado talleres para mujeres líderes que representan a las personas con discapacidad en Perú. Es co-creadora de @desobedientxs, un proyecto feminista que nació en la pandemia de Covid-19. Se unió a la Misión Terranova, un grupo de activistas que defienden un área de la amazonía peruana con proyectos educativos y de investigación. Es ceramista en pausa, fue standupera y colaboró con medios escritos y programas de radio.

Fabián Calla Suárez (Arequipa, Perú, 2000). Estudiante de Derecho en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Toca guitarra, disfruta de los conciertos en vivo y gusta de la música que aborda problemas sociales y conflictos ambientales. Suele dejar la escritura de lado debido a sus actividades diarias, pero le gustó darse el tiempo de integrar el taller de escritura creativa ambiental.

Sebastián Octemio Castro Romero (Lima, Perú, 1997). Estudiante de Comunicación Audiovisual. Ama las plantas y el cine. Tiene un texto publicado en Wattpad con el título "Mike", que trata sobre un adolescente que se escapa de su casa. Desde pequeño se siente atraído por las grandes historias que ve en la televisión y ahora, de grande, desea ser parte de ese mundo.

Gloria Isabel Hoyos Sáenz (Cajamarca, Perú, 1989). Psicóloga y profesora de meditación. Actualmente cursa una especialización en Arteterapia. Le gusta leer, dibujar y pintar. Dos de sus pasatiempos favoritos son contemplar y fotografiar la Naturaleza (flores, paisajes, el mar, el atardecer). Considera que la educación es clave para lograr un cambio. Piensa que es importante que los niños y niñas aprendan a gestionar sus emociones y sentirse valiosos. Para ella, la lectura y escritura permite acceder a muchas oportunidades y tiene presente que cada instante es una oportunidad para conocernos, aceptarnos y hacer las cosas lo mejor que se pueda para vivir en armonía con nosotros y con lo que nos rodea.

Enrique Isarra Puentes de la Vega (Arequipa, Perú, 1983). Desde pequeño le gustaba observar su alrededor para dibujar y crear historias, por ello estudió publicidad. Escribió guiones para comerciales de diferentes empresas, pero nunca algo que considera realmente suyo. Agradece la serendipia de encontrarse con Búho Eléctrico, con quien tuvo la oportunidad de aprender, y a Daya, su enamorada, quien tuvo la paciencia de escuchar algo que desde hace mucho tiempo quería contar.

SOBRE LOS AUTORES

María Fernanda Méndez Rodríguez (Lima, Perú, 1994). Comunicadora de profesión y editora de oficio. Ha publicado textos en diversas editoriales, entre ellos un par de cuentos en la *Antología de narradoras de América Latina* (Editorial Hermana, Chile, 2018) y un cuento biográfico sobre la bióloga Mariela Leo en el libro *Había una vez una peruana* (Xilófono, 2019). Le gusta acariciar perros y dar de beber a los ratoncitos. Su instagram es @mafistofeles.

Carla Rojas (Nueva Jersey, Estados Unidos, 1995). Estudiante de Sociología en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Le gusta escribir desde pequeña y esta práctica se ha convertido en parte inseparable de su expresión. El microcuento que forma parte de esta edición es su primera publicación formal. Su instagram es @writer_carlarvc.

Judith Rojas Paihua (Huancavelica, Perú, 1999). Estudiante de Ingeniería Ambiental en la Universidad Científica del Sur (UCSUR). Le gusta leer sobre temas ambientales, cambio climático, tecnología e investigación espacial. Le gusta viajar y disfrutar de la belleza de la Naturaleza. Hace poco, la escritura se convirtió en uno de sus pasatiempos favoritos ya que le permite plasmar con palabras su preocupación por la situación ambiental.

Alicia E. Soto Cabezas (Apurímac, Perú, 1998). Estudiante de Psicología. Le interesa la psicología ambiental y desarrollar proyectos de educación ambiental. Tiene inclinación hacia la poesía y publica sus creaciones en su instagram @ver.al.mar.

Rosana Luzía Ventura Cavero (Ayacucho, Perú, 1990). Bióloga especializada en ecología y recursos naturales. Le gusta conocer el entorno, las personas, tradiciones y costumbres. Está convencida de que es posible contribuir a un mundo mejor en el que se valore y respete la dignidad humana y todo con lo que convive. Se involucró con el cuidado del agua y el ambiente desde una visión que rompe las fronteras ciudadanas en las que creció. Es activista ambiental y trabaja con jóvenes. El cuento que forma parte de esta edición es su primera publicación.

Katherine Adriana Zapana Calderón (Lima, Perú, 1998). Estudiante de Ingeniería Ambiental en la Universidad Nacional Agraria La Molina (UNALM). Perteneció al Movimiento de Scouts del Perú, donde nació su interés por la Naturaleza y el servicio a la comunidad. En 2018, fue parte del voluntariado juvenil “Yo Promotor Ambiental” organizado por el Ministerio del Ambiente (MINAM). En 2019, fue parte de una investigación junior enfocada al tratamiento de aguas contaminadas por metales en la comunidad San Miguel de Viso (Huarochiri). Durante 2020 e inicios de 2021, fue redactora en la revista universitaria “Terra” de la UNALM, en la que publicó artículos sobre salud mental y enfoque de género ligados al deporte.

SOBRE LOS EDITORES

Rodrigo Revilla Calle (Lima, Perú, 1994). Bachiller en Literatura Hispánica por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha publicado los cuentos: “Incidente” en Cuentos sobre la Luna (Editorial El Gato Descalzo, Perú, 2019); “El pueblo en la esfera” en el fanzine Paraísos Perdidos (México, 2020); y “Espacio” en la revista literaria digital Palabrerías (México, 2020). Editor de oficio y redactor en la plataforma digital “Clima Miradas” en la que escribe sobre ecoliteratura. Es co-fundador de la Editorial Búho Eléctrico.

Hernán Tello Otrera (Lima, Perú, 1991). Licenciado en Ciencia Política y Gobierno por la Pontificia Universidad Católica del Perú, con estudios de posgrado en planificación territorial y gestión ambiental. Escritor sobre temas ambientales y la realidad amazónica, con algunos reconocimientos en su haber. Co-fundador de la Editorial Búho Eléctrico.



BIENVENIDO AL PERU